Mundo Argentino



Artistas de renombre: LAURA LA PLANTE

Nº 886

En este número:

"Una madre a la moda", novela original de B. González Arrili.

10 centavos en toda la República



Don Fermín

por DANTE QUINTERNO







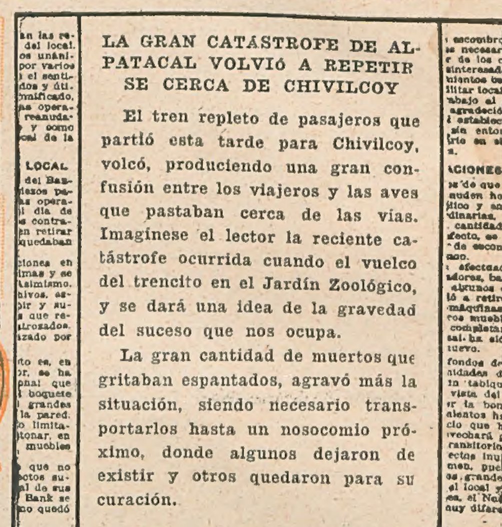












LA GRAN CATÁSTROFE DE ALPATACAL VOLVIÓ A REPETIRSE CERCA DE CHIVILCOY

El tren repleto de pasajeros que partió esta tarde para Chivilcoy, volcó, produciendo una gran confusión entre los viajeros y las aves que pastaban cerca de las vías. Imagínese el lector la reciente catástrofe ocurrida cuando el vuelco del trencito en el Jardín Zoológico, y se dará una idea de la gravedad del suceso que nos ocupa.

La gran cantidad de muertos que gritaban espantados, agravó más la situación, siendo necesario transportarlos hasta un nosocomio próximo, donde algunos dejaron de existir y otros quedaron para su curación.







SEMANARIO POPULAR
ILUSTRADO
APARECE LOS MIERCOLES

Mundo Argentino

LA PUBLICACION
QUE MAS CIRCULA EN LA
AMERICA DEL SUR

Redacción y Administración:
RIO DE JANEIRO, 262
U. T. 60 Caballito, 1021, 1022, 1023
Dirección Teleg.: "Senyah"

Oficina Central para Avisos
y Subscripciones
AV. DE MAYO, 749 - 5º Piso
U. T. 37, Rivadavia, 0962
BUENOS AIRES



REPRESENTANTES EN EL EXTERIOR. — En Inglaterra: E. J. Parker, Ltda. 429 Strand. Londres, W. C. En los Estados Unidos: S. S. Koppe y Cía., Inc. Times, Building, Nueva York.

AVISOS DEL EXTERIOR.—Se aceptan avisos de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AÑO XVIII — BUENOS AIRES, ENERO 11 DE 1928 — NÚM. 886

Notas de la semana

El pueblo no quiere pagarse monumentos a su propia gloria

No era suficiente la enorme cantidad de monumentos, no bastaba que aun, habiendo tantos, falten algunos prohombres de la nacionalidad sin su correspondiente glorificación por el mármol y el bronce: necesario era contribuir a la manía monumental con una idea nueva y disparatada: el Monumento al Pueblo.

Así se ha lanzado la iniciativa poco feliz. Un grupo de artistas fué a entrevistarse con el doctor Alvear a la Casa Rosada para convencerlo de la necesidad de confiar a determinado escultor la ejecución de un grandioso monumento al pueblo argentino. Nadie verá ni la utilidad, ni la urgencia, ni el significado siquiera de un homenaje semejante.

Aun más: es un contrasentido. ¿Quién va a pagar el monumento al Pueblo? ¡El pueblo! Con dinero público se hará, y el dinero público es dinero del pueblo. Tendremos la satisfacción de pagarnos un monumento a nosotros mismos. Lo peor de todo es que ni siquiera agradecerá este autohomenaje el pueblo. Prefiere, con la más elemental lógica, en vez de monumentos, leyes útiles y de mejora social; en vez del mármol de la gloria, alimentos baratos y un hospital o una escuela con los miles de pesos a punto de despilfarrarse en tan peregrina idea.

Deficiencias notadas en los servicios consulares en Europa

Nuestro canciller, doctor Gallardo, que sigue en su ya larga jira de turismo oficial por los países europeos, ha tenido la franqueza, por lo menos, de declarar que en muchos sitios tuvo oportunidad de comprobar que los servicios consulares de la república eran deficientes por culpa de los funcionarios poco atentos a los deberes de su cargo.

En verdad, el doctor Gallardo no ha hecho ningún descubrimiento, sino comprobar, a lo sumo, una reiterada queja del público que viaja y del comercio. Piénsese en que si personalmente el jefe de la Cancillería ha encontrado puntos débiles en la organización, forzosamente ésta habrá tenido el buen cuidado de presentarse mejor de lo que es en la realidad: los funcionarios habrán realizado prodigios para que el jefe encontrara todo en orden.

¡Ojalá, a su vuelta, el canciller aproveche los frutos de su experiencia! Algún resultado realmente práctico habrá tenido, por lo menos, el costoso, pero atrayente viaje. Todos sabíamos ya que el servicio consular era deficiente; el último en enterarse oficialmente era el canciller. Las reformas, necesarias, deben llevarnos al convencimiento de que un consulado argentino debe ser, ante todo, una oficina de trabajo y no la más agradable de las sinecuras.

Vergüenzas de la edificación urbana toleradas en la Boca

Un terrible incendio destruyó íntegramente una manzana en el populoso barrio de la Boca, en la capital. El siniestro que puso su nota de dolor al saberse que cien familias quedaban sin hogar, estaba rigurosamente "previsto". Era una letra de vencimientos más o menos tardío, pero fatal. Muchas manzanas de la Boca están edificadas con materiales inflamables y pobrísimos, tales como paredes de madera o estructuras que no tienen más defensa que hojas de cinc.

La Boca ha dejado de ser, hace tiempo, la humilde barriada de pescadores y boteros genoveses. Hoy está incorporada al alma misma de la capital, formando un barrio próspero y rico. Su comercio es floreciente; las tiendas de la calle Almirante Brown resplandecen de luz y de prosperidad, sus calles denotan tráfico y movimiento. ¿Y sus casas?...

Por indecible incuria municipal se permite a los propietarios explotar al pueblo haciéndole pagar alquileres que no valen, ciertamente, los pobres y peligrosos materiales de construcción. Por esa incuria se ha permitido, a través de los años, que la Boca conservara esa fisonomía de miseria, única en la capital. De miseria y de peligro: el último incendio ha comprobado previsiones que pudieron y debieron hacerse mucho tiempo atrás.

Falta de humanidad en los médicos industriales de las provincias

Desde Añatuya, en el Chaco santiagueño, se nos escribe relatándonos un triste caso: una madre muere en el trance de dar a luz sin que haya sido humanamente posible encontrar colaboración y ayuda médica en los tres profesionales que residen en el pueblo. Ninguno de los tres médicos juzgó oportuno intervenir. ¿El motivo? La enferma era pobre...

No es un caso aislado en la vida de los pueblos, ciertamente; por eso lo anotamos, por eso ponemos de manifiesto esta dolorosa comprobación. Las pequeñas ciudades de provincia suelen clamar por médicos y por asistencia científica, y una vez que se instalan en ellas los profesionales, salvo honrosas excepciones, proceden éstos con un mero objetivo de ganancias. "El pueblo Tal o el pueblo Cual significan tantos miles de pesos"; según el lenguaje convencional de los modernos industriales de la ciencia.

¿Se quejan después los médicos si un gobierno autoritario, como el de San Juan les obliga a ser humanitarios y caritativos a la fuerza, agobiándolos de impuestos en caso contrario? El incidente de Añatuya se repite demasiado frecuentemente. Muchos de esos malos médicos se olvidan que al recibir sus diplomas han jurado una obligación sagrada: la de ayudar al pobre y al desvalido.

Complicaciones para la Administración: los hombres sin patria

Todo el mecanismo de la administración del Estado ha chocado recientemente ante un simple pasaporte extendido en el extranjero: el del coronel Maciá, conocido "leader" del movimiento pro autonomía catalana. El coronel Maciá no tiene patria. España le niega toda clase de documentos y, a pesar de no tener patria, es persona honorable y digna de consideración. El mecanismo oficial del Estado encontró una salida cómoda: impedir el ingreso de Maciá a la Argentina.

El asunto se ha de solucionar, pero el incidente surgido es censurable. Piénsese que el "visto bueno" de nuestras autoridades de inmigración tiene, a veces, un alcance relativo. No puede penetrar un hombre como Maciá, pero, en cambio, porque cumplen con el formulismo, tienen la entrada franca a la Argentina el traficante de carne blanca y la aventurera. El primero pasará por comerciante; la segunda, por "artista". Lo dicen los pasaportes, y la conciencia del Estado duerme tranquila.

En algunos países se resuelven conflictos de esta especie dándose un certificado de sin patria, "apatrida", a quien así lo declara. Hay justicia y equidad en tal proceder, máxime si se trata de personas de antecedentes honrosos. Lo que debemos evitar, entre nosotros, es que la intransigencia de un simple formulismo provoque situaciones parecidas que pueden arreglarse con buena voluntad y comprensión atinada.

La Municipalidad de Buenos Aires se declara vencida ante el explotador de los alimentos

La disolución de la Junta de Abastecimientos, cuya muerte legal, por resolución del Concejo Deliberante, se produce mucho tiempo después de que la misma institución había dejado de existir para el interés del pueblo, crea una situación moral interesante. ¿Se declara vencida la Municipalidad ante el acaparador de consumos y ante el actual sistema de explotación industrial por el cual un artículo de primera necesidad, a través de muchas manos, llega a las del consumidor notoriamente caro?

No de otro modo puede interpretarse el silencio que ha seguido a la disolución de la Junta. La acción municipal a favor del pueblo se manifiesta solamente en las llamadas Ferias Francas, pero éstas, con inconvenientes que ha demostrado la realidad, distan mucho de cumplir una misión en forma.

¿Cómo se reemplazará a la Junta de Abastecimientos? Es urgente hacerlo, y el Concejo debe anotar esta preocupación entre las más inmediatas. La campaña para abaratar los artículos de primera necesidad debe ser persistente y continua: detenerla equivale a la confesión de un fracaso o a una declaración de impotencia.

Liquidación de viejas disputas y pleitos fronterizos en América

En estos días se han registrado algunas noticias, positivamente gratas, para la actualidad internacional sudamericana. La lenta y fatigosa discusión de diplomáticos para fijar los límites entre Paraguay y Bolivia, será llevada al terreno, más amplio, del arbitraje. El Brasil sancionó otro tratado de límites con una nación fronteriza, y, finalmente, como el acontecimiento más importante, el Perú y Colombia finiquitan, mediante un tratado, su vieja cuestión limítrofe que lleva un siglo justo de disputas.

Tales acontecimientos son otros tantos pasos dados en el sentido de un acercamiento más real y efectivo entre las naciones sudamericanas. Pensemos, no sin legítima satisfacción, que la Argentina ha logrado sentar en América un precedente en el modo cómo ha sabido zanjar sus dificultades limítrofes proclamando el principio del arbitraje y sellando los históricos pactos de Mayo. Cuando nuestro país — y el acontecimiento pertenece ya a la Historia — dió tales pruebas de amor por la justicia y por la equidad, el resto de América era un semillero de vidriosas cuestiones.

¿Cómo no comentar con viva complacencia, hoy, el triunfo del buen sentido de las naciones de América?

La "manía del asfalto" y la mala edificación en las ciudades

Leemos muy a menudo que muchas ciudades del interior, de mayor o menor importancia, se dedican a la labor de embellecerse, pavimentando sus calles con asfalto. Los presupuestos municipales consignan fuertes cantidades para esta clase de trabajos públicos, aunque, en realidad, mucho más es lo que pagan los particulares que lo realizado por los Poderes Público: un ochenta por ciento los primeros, diez por ciento la Municipalidad, diez por ciento el gobierno provincial, en la mayoría de los casos.

Esa transformación urbana, ese deseo de superarse unas ciudades a otras — pues la ciudad A considerará una vergüenza si su vecina o rival, la ciudad B, tiene asfalto y ella no, — produce lo que podíamos llamar "la manía del asfalto".

Y no siempre tal progreso puede alabarse incondicionalmente. Se dan casos, en muchas ciudades del interior, de completa desproporción entre el lujo de la calzada y la miseria de los edificios. Las mismas Municipalidades tan empeñadas en asfaltar calles, son incapaces de exigir a los propietarios el revoque de sus fachadas.

Ha dejado de ser un deporte la aviación; su finalidad es más útil

La aviación civil, pese a la escasa o a la tardía cooperación del Gobierno, que parece dedicar todas sus actividades, en ese sentido, a apoyar a la aviación militar, realiza verdaderos progresos. No sin complacencia deben contarse, hasta en los más remotos puntos de la república, el nacimiento o la estabilidad de centros de aviación que tienen vida próspera.

Comentando este desarrollo, creciente sin cesar, ha llegado la hora de plantear una cuestión fundamental: ¿la aviación debe ser un deporte más, o tiene, especialmente en nuestro país de grandes distancias y pocos caminos, misión más útil? Quisiéramos que las actividades nacientes se orientaran por ese segundo punto de vista más exacto. La aviación, incorporada definitivamente a la vida moderna como una de las más maravillosas conquistas de la civilización, pierde cada día no sólo su carácter heroico, sino su atracción meramente deportiva.

EL INGENIERO EMILIO MIHURA

Ministro de Agricultura

hablará a los lectores de

Mundo Argentino

en el próximo número sobre los problemas que presentan nuestras industrias madres.



Subterráneos municipalizados

Por C. Villalobos Domínguez

SÓLO la ignorancia de la mayoría de los gobernados y de los gobernantes es la causa de que todavía, en 1928, se discuta seriamente en Buenos Aires si la construcción y explotación en monopolio de una o varias líneas de tranvías subterráneas debe ser concedida a la empresa A o a la empresa B.

Hace varios años que en los Estados Unidos esos asuntos ya no son materia de discusión, pues el sistema que ahora se practica con todo éxito es el de que dichas líneas se construyan y exploten por cuenta de los municipios en una forma que resulta baratísima para los pasajeros y gratuita para el fisco.

Este resultado, que parece milagroso, es, sin embargo, muy fácil de explicar, pues su secreto consiste en que los túneles son construídos mediante un impuesto especial a los terrenos linderos al trayecto recorrido por las líneas, con la particularidad, más prodigiosa todavía, de que aun cuando los propietarios pagan todos los millones que cuesta la obra, *tampoco a ellos les cuesta dinero el asunto*, pues, por el contrario, salen ganando mucho en el negocio.

El "milagro" reside en el hecho de que todos los terrenos linderos a una línea de esa clase resultan valorizados considerablemente por la línea misma; y ya hay experiencia adquirida (como la teoría georgista lo había enseñado) de que la valorización para cada propietario importa siempre mucho más que los impuestos que paga para contribuir a sufragar los gastos de construcción. En el año 1908 se hizo en Nueva York el cómputo oficial de que el subterráneo de Manhattan, que costó cuarenta y tres millones de dólares, valorizó los terrenos en ochenta millones; de modo que aun cobrando todo el costo de la obra a los propietarios todavía quedaba para ellos una ganancia neta de treinta y siete millones. En varias ciudades del Estado de Detroit se ha observado que el aumento producido en las fajas de media milla a cada lado de las líneas ha alcanzado, *en sólo el período de la construcción,* hasta cinco, siete y aun diez veces el costo total de la construcción. En vista de ello se ejecuta ahora una red subterránea que importará doscientos setenta y nueve millones seiscientos mil dólares, pagada en su mayor parte por los propietarios de los terrenos beneficiados. En la ciudad de San Francisco se extendió el tranvía municipal hasta más allá de las montañas de Twin Peak, recaudando de las propiedades beneficiadas el costo *total* del túnel.

Ese sistema (que ya no se discute entre la gente enterada), de tener las ciudades cuantos subterráneos necesiten *sin costarle nada a nadie*, permite que el precio de los pasajes sea baratísimo, pues sólo debe sufragar el costo de la explotación. En Buenos Aires es perfectamente fácil poner a *cinco centavos* el precio del boleto con un excelente servicio de coches abundantes en que haya asiento para todos los pasajeros. Y aunque parezca extraño, hasta es posible transportar gratis a todos sin recargar por eso el presupuesto municipal, según tuve el placer de demostrarlo el año pasado en una conferencia dada en la Facultad de Ciencias Económicas.

No es del caso entrar aquí en explicaciones técnicas, necesariamente largas, pero basta lo dicho para que todo lector comprenda el fondo de la idea, que no es mía ni nueva (pues tiene más de treinta años de fecha su demostración teórica), y, además, para las personas que no comprenden sino lo que tocan y palpan, calificando de utópicas todas las teorías, sin distinguir bien las absurdas de las racionales, ya se pueden mostrar los casos prácticos que he citado, que no dejan lugar a dudas sobre su eficacia positiva.

Esto es lo que el pueblo necesita saber para tener en abundancia no sólo tranvías subterráneos, sino también *calles subterráneas* para circulación fácil y rápida de automóviles, carros y demás vehículos.

Cuando estas cosas sean conocidas por la opinión general, el sistema será también aquí puesto en práctica, pues los cuerpos legislativos siempre están dispuestos a satisfacer los anhelos claros y definidos de la opinión. Cuando éstos se manifiestan claramente, en seguida los políticos, que necesitan del voto de los ciudadanos, se apresuran a consignarlos en sus plataformas, y la mayoría para sancionar las leyes y ordenanazas se forman fácilmente, a despecho de los retardatarios.

Pero, se comprende, que primero es necesario enseñar al pueblo lo que le conviene y debe querer, tarea que, como de costumbre, cumplo en este caso con el más sincero anhelo de bien público, a favor de la gran circulación de esta simpática revista.

LA ASPIRACIÓN

Acaso se os muestren adversas las circunstancias, pero no durará largo tiempo esta hostilidad si vislumbráis un ideal y hacéis todo cuanto os quepa para realizarlo. Supongamos un joven desvalido que para luchar con la pobreza trabaja largas horas en un taller insalubre, e imposibilitado de asistir a la escuela carece de los refinamientos de la cultura. Pero anhela cosas mejores. Aspira a ser inteligente, culto, y piensa en una vida de mayor comodidad, gracia y belleza. Mentalmente establece una condición ideal de vida y vislumbra la perspectiva de su libertad e independencia. Sin descanso se dispone a la acción y aprovecha cuantos momentos le deja libre el trabajo para desenvolver sus latentes potencias y recursos individuales. No tarda en transmutar su índole mental, de suerte que ya no cabe en el taller, ya no está acondicionado al pasivo trabajo del obrero y se emancipa de aquella vida con la misma facilidad con que se desecha un traje viejo. Años después vemos al joven en plena virilidad. Es dueño de ciertas fuerzas mentales que utiliza con amplísima influencia e insuperable rendimiento. En sus manos está el hilo de pavorosas responsabilidades y sus palabras alentadoras y sus estimuladores ejemplos son como el luminoso centro de gravedad en cuyo torno giran cuantos trabajan a sus órdenes. Ha realizado la visión de su juventud. Se ha identificado con su idea.

JAIME ALLEN.

En defensa de los hombres de edad madura

Por **Federico Núñez**

Hace pocas semanas, en estas mismas páginas apareció un artículo titulado "¿Hasta que edad puede un hombre conseguir empleo?" Y se refería a las grandes dificultades que hombres ya cumplidos los cincuenta años de edad hallan para obtener una ocupación que les permita ganarse la vida.

El considerar demasiado viejo a quien haya pasado medio siglo de vida es un error sin ningún fundamento—y me propongo demostrar que mientras existan en cualquier persona estos tres factores: salud, optimismo e interés, su labor será mucho más productiva entre los cuarenta y cinco y cincuenta años que en las tres primeras décadas de la vida.

A los sesenta años, en nuestro país, un hombre está obligado a retirarse de las actividades a que entregó los mejores años de su vida. Se retira generalmente para hacerle lugar a otro hombre joven, el que, a su vez, se irá a su casa cuando cumpla los sesenta años, si vive. Es la rueda de la fortuna girando eternamente en un círculo vicioso.

Se han estudiado las vidas de cuatrocientos hombres ilustres, descubriéndose que la edad en que produjeron sus mejores obras, fué la de cincuenta años. Pero el retiro voluntario o no a los sesenta años, tiene por motivo la costumbre, ya hecha regla, de que los hombres que ya han pasado la edad madura deben dejar el sitio libre para la juventud, a la cual se le considera, por razones discutibles, más progresista, más activa y eficaz en la adopción de los métodos modernos, ya se trate del comercio, la industria o la ciencia.

Dejar u obligar a que se vayan los hombres de sesenta años, es una costumbre que aún no ha echado raíces en Europa. Es una de las tantas ideas puestas en práctica en los pueblos de América.

Para mejor presentar al lector los ejemplos que nos proponemos, vamos a dividir en dos categorías a esos cuatrocientos hombres famosos: los "pensadores" y los "trabajadores". Incluímos entre los primeros a los astrónomos, matemáticos, teólogos, reformadores sociales, dramaturgos, historiadores, jurisconsultos, naturalistas, novelistas, filósofos, economistas, poetas, hombres de estado, satíricos y humoristas. Entre los segundos colocamos a los actores, artistas, médicos, exploradores, compositores de música, inventores, cirujanos y guerreros.

Según los estudios realizados a este respecto por el doctor W. Dorland, de la Universidad de Chicago, el término medio de la edad inicial de la producción es, entre los "trabajadores", a los veintidós años, mientras que la de los "pensadores" es a los veintiséis.

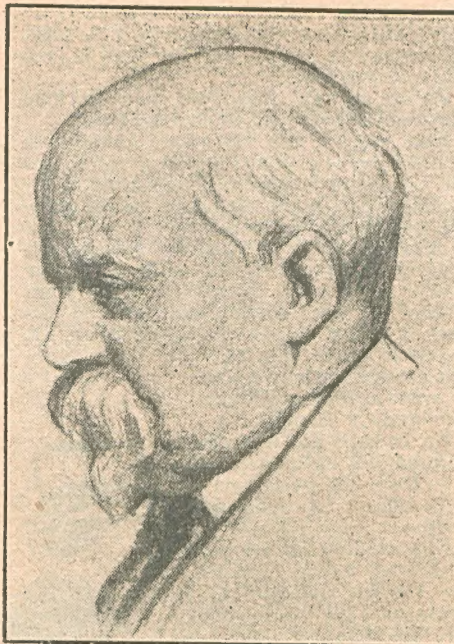
Y para señalar más claramente las distintas edades de tales hombres, aquellas han sido divididas en décadas. Así, de los veinte a los treinta años puede titularse la edad de bronce; de los treinta a los cuarenta, la edad de plata; de los cuarenta a los cincuenta, la de oro; de los cincuenta a los sesenta, la de hierro. Como se ve, consideramos como la mejor edad esos diez años que transcurren después de los cuarenta. A esa edad el hombre adquiere un espíritu más reposado; mira a la vida con los ojos bien abiertos, y ha dejado de pensar en la luna.

Genio o talento no siempre se revelan durante la niñez. La precocidad no es, por cierto, un signo de tales cualidades ni menos una cualidad de desearse. Muchos sabios la consideran como una expresión de prematura senilidad. Muy pocos son los niños precoces que más tarde, en la vida se destacan de entre los hombres regularmente inteligentes.

Lo que se considera precocidad suele ser, simplemente, la influencia del medio. Un niño que viva en compañía de personas mayores e inteligentes sin alternar, sino muy ocasionalmente, con niños de su edad, adquirirá, si posee alguna sensibilidad, una gran imaginación que se traducirá en una brillante manera de expresarse. Pero ese niño, al llegar a la adolescencia sentirá los efectos deplorables del excesivo esfuerzo mental a que fué sometido en sus primeros años.

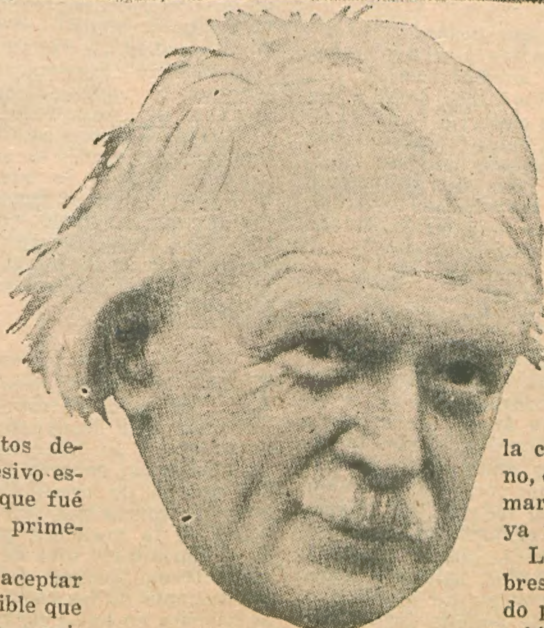
No se puede aceptar como regla inflexible que la decadencia se manifieste en todo hombre que ya haya entrado en la edad madura. Para la juventud es o porvenir; para los hombres ya hechos, el presente. Tanto en Europa como en América, los que están al frente de la industria, del comercio, de la ciencia, del gobierno, del ejército o de la marina, son hombres ya maduros.

Los casos de hombres jóvenes, ocupando puestos de responsabilidad ilimitada, pudieran contarse con los dedos de una mano.



Raymond Poincaré, uno de los muchos ancianos ilustres de Francia





Lloyd George, que pronto nos visitará, es un bello ejemplo de la ancianidad llena de talento, de energía y optimismo

Y si un Lloyd George o un Clemenceau, en la política; un Hindenberg o un Joffre en el gobierno o en el ejército, un Pierpont Morgan en las finanzas, pueden, después de los sesenta años, desempeñarse con una eficacia incuestionable, ¿por qué no podrá también el gerente de una casa comercial o el capataz de un establecimiento industrial?

Quiere decir, entonces, que los obligados a abandonar sus actividades, cuando llegan a cierta edad, son aquellos hombres que ocupan posiciones de muy relativa importancia. ¿Qué razón existe para haber adoptado como una ley esa costumbre que no debiera existir?

La competencia, los que vienen atrás, los nuevos, los jóvenes. Para ocupar el puesto de secretario de Estado, en la Gran Bretaña, hay muy pocos candidatos: porque sólo existe un solo puesto. Para ocupar el puesto de contador de una casa bancaria, hay dos mil candidatos, porque hay innumerables casas que necesitan quien o quienes entiendan la contabilidad.

Se dirá, y no sin razón, que es más fácil ser contador que ministro de gobierno. Muy bien. Pero no olvidemos que la necesidad que hace al órgano, también hace a las personas. En la Gran Bretaña, por ejemplo, existirán veinte o treinta hombres capaces de desempeñar admirablemente cualquier secretaría. Pero lo que faltan son, precisamente, esas secretarías.

No podemos señalar todos los casos como semejantes. Un hombre quizá llegue a la edad madura sin el completo equilibrio de sus facultades mentales; acaso se resienta su salud física. Para éstos el retiro de las actividades será oportuno y hasta necesario. Pero un hombre que haya cumplido los cincuenta años, que goza de excelente salud que se sienta optimista y halle interés en cuanto le rodea, y especialmente en su trabajo, no tiene por qué abandonar su ocupación.

Hay que defender a los hombres maduros y capaces, contra esa costumbre de excluirlos como ineficaces. Es el círculo vicioso de que hablábamos más arriba. Los hombres maduros se vèn desplazados por los hombres jóvenes, los que, a su vez, se verán, cuando lleguen a los cincuenta años, desalojados por los de veinticinco.

¿No es una equivocación lamentable este orden de cosas?

El hombre tiene que valer por el rendimiento que dé, ya tenga la cabeza blanca de canas o del color natural con que el cabello denota juventud, progreso y agresividad.

LOS GOBIERNOS Y LAS GUERRAS

Si la guerra moderna es hecha contra el gobierno del país y no contra el pueblo de ese país, ¿por qué no admitir también que la guerra es hecha por el gobierno y no por el pueblo del país en cuyo nombre se lleva la guerra a otro país?

La verdad es que la guerra moderna tiene lugar entre un Estado y otro Estado, no entre los individuos de ambos Estados. Pero, como los Estados no obran en la guerra ni en la paz sino por el órgano de sus gobiernos, se puede decir que la guerra tiene lugar entre gobierno y gobierno, entre poder y poder, entre soberano y soberano: es la lucha armada de dos gobiernos obrando cada uno en nombre de su Estado respectivo.

JUAN B. ALBERDI.

Una madre

Por **B. González**

SALIÓ de su casa envuelta en aquel enorme tapado de pieles que cubríale todo el cuerpo, y se metió en su automóvil, cerrado, con una temperatura de horno. Empuñó la dirección y echó a andar. Quinientos metros más allá arrimó el coche al cordón de una acera y descendió. Un viejecito, haraposo, carrasposo, tocándose el extremo brillante de grasa de una gorra, la saludó como si conociérala de antiguo:

—¿Le cuido el auto, señorita?...

Ella lo miró un instante, como haciendo un esfuerzo para fijar su atención en aquel hombre, y luego dijo, distraída:

—Sí, sí..., hay que cuidarlo... Gracias.

Y mientras ella se perdía taconeando por entre el ir y venir de las gentes, el viejecito se arrimó al brillante coche negro, pasóle una mano cariñosa por sobre un guardabarro de charol, espejeante, y sentóse suavemente en un estribo, pensando en la propinita que iba a ganarse.

Ella, mientras tanto, entraba a la gran tienda de moda, un poquito apresurada, mirándose en el reflejo de los escaparates. El ascensor la dejó, un minuto después, en el piso correspondiente al restaurante, sonoro, estruendoso, agobiado bajo un chaparrón absurdo de estridencias musicales y de genuflexiones de negros con chaqueta roja y motas engrasadas.

Ocupó una mesilla en un extremo del salón, frente a un espejo. La luz de la media tarde ardía a la par de cien bombillas eléctricas con reflejos enfermizos, quebrándose en los cristales y patinando en los manteles blancos como una luz de luna teatral que embadurna pálidas calvas de viejos.

Mientras llegaba el te y las pastas pedidas, estuvo contemplándose en el espejo. La cara, hermosa, un poquillo ojerosa sin ayuda del lápiz — ojeras naturales de estómago que marcha con dificultades, — parecía arrebatarse, ordinaria como cara de cocinera. Llevóse ella una mano vuelta a las mejillas, y suspiró. Los labios gordezuelos rabiaban de color, extraordinariamente dibujada en rojo la curva provocativa del centro y las rayas que prolongaban las comisuras, en un remedo fantástico de "guignol" última novedad, con melenas apelmazadas y reloj en las ligas...

Echó hacia atrás el tapado, para que cayera descuidadamente sobre el respaldo del silloncito que ocupaba. Se abrió así en blanco de polvo de arroz, el cuello y el descote, y en el aberenjenado violeta el terciopelo del vestido sobre los pechos, divinos aunque ortopédicos...

Junto con el te y las pastas llegó el esperado.

—¡Hola, Julito!...

—¿Cómo estás, Nelly?...

Le sonaba la voz a falsete, como el traje entallado, las polainas grises y el pelo hecho un casco brillante, pringado. Las manos, de holgazán, suaves, finas, rosaditas las uñas de almendra, no se estaban quietas buscando arrugas ilusorias, acomodando la corbata, clavando la ya clavada perla barata del alfiler, gota de leche sucia sobre la seda a cuadros corbatil, como los ojos inexpresivos en mitad de una cara surcada por mil huellas de antiquísimos furúnculos.

Al irse el mozo dialogaron los dos en voz bajísima, aguzando mucho el oído para entenderse entre el chaparrón formidable del "jazz-band", lluvia de tormenta sobre el techo de chapas de cinc de un gran galpón de cereales con chillidos de ratas y maullar de diez gatos enloquecidos por el encierro y por el hambre.

—He venido para que me acompañes..., para llevarte... — decía ella.

—¿Por qué? — interrogaba él, gesticulante.

—Es necesario ir en seguida, llevar a un médico, buscar alguno que sea discreto..., en fin, hacer lo que se pueda, como te anticipé por teléfono esta mañana.

—Sí, sí...

—Y tengo miedo de que lleguemos tarde, a pesar de todo...

—¡Claro! Llegaremos tarde...

—¿Por qué? ¿Por qué me dices eso?

—Porque así me parece... Hemos perdido mucho tiempo... Dices que desde anoche tienes la noticia de la gravedad...

—Sí, desde anoche...

—¿Y recién ahora se te ocurre apurarte?...

—No he podido hacerlo antes. Sabes que hasta la tarde, un día como hoy, no tengo disculpa a mano para salir de casa sin despertar sospechas. Me vigilan, me vigilan, créeme...

Julito sonrió, incrédulo, con la más suavemente estúpida de sus sonrisas.

Ella suspiró una vez más, agrandando el mirar bovino de sus ojos y dejando vagar por sobre el pecho, divino aunque ortopédico, una mano de largos dedos pulidos, enjoyados, perversos.

Bebieron el te a grandes sorbos, sin mirarse. Nelly abrió su cartera, y por debajo de la mesa estiró una mano y un billete. Lo tomó disimuladamente el gomoso, y con él pagó el gasto. Salieron. La orquesta hacía una tregua de silencio que todos se apresuraban a llenar charlando y riendo.

En la calle el viejecito cuidaba del automóvil.

—Dale un peso — ordenó ella a su acompañante.

El guardián, al recibir el dinero, volvió a saludar con su gorrita brillante de suciedad, alegre, los ojos rejuvenecidos. Esperó a que subieran, y cerró la portezuela. Exagerando su agradecimiento, el viejecito díjole a Nelly, como quien arroja una flor:

—¡Hermosa!... ¡Hermosa!...

Ella, mientras acomodaba sus pies sobre los frenos, lo miró complacida. Julito también miró sin comprender nada, como casi siempre... Y el coche arrancó. Calles y más calles anduvo. Era ya noche cuando llegó al callejón que buscaban, largo y parejo callejón de casas nuevas, construídas mezquinando el terreno, con un criterio europeo de arquitectos e ingenieros a sueldo, avaros de sus proyectos como de sus níqueles, ignorantes de que el país se abre en llanura y en desierto mientras los extranjeros se apelotonan en la ciudad para medrar en la miseria de sus recovecos, despreciando el sol sobre los surcos, oro que cae del cielo sobre la negra costra virgen.



Hay muchas madres así, aunque nos horrorice sólo pensarlo, como la que nos presenta González Arrili en esta dolorosa narración. Son esas que viven nada más que para la frivolidad, entre el estruendo del "jazz" y el exhibicionismo de los salones, sin sentir con profundidad nunca y pasando por la existencia estérilmente, como una llama que sólo dejara cenizas de su paso.

El automóvil frenó, silencioso, frente a una de tantas puertas idénticas. Tres chiquilines, un poco más allá, pateaban una pelotilla que se escondía a cada rato en la franja de sombra que marcaba el cordón de la acera sobre el granito flamante de la calzada.

—¿Entro yo? — preguntó Julito.

—Es claro... Yo tengo miedo sola... — respondió ella. Y se envolvió en sus pieles hasta esconder la cara.

Llamaron. Una muchacha esmirriada asomó en la cancel. Luego corrió hacia adentro. Regresó.

—Pasen... Dice que pasen...

La casita olía a guisos, a aceites malos, a grasas derretidas muchas veces.

Nelly, apretando los labios, entró a una pieza. Una bombilla eléctrica envuelta en papel de seda verde, desparramaba su luz de laboratorio sobre unos muebles baratos: pino barnizado y adornos de cretona. Una mujerona, de gordura desbordante, bajo una pañoleta de lana tejida, saludó en voz baja, bisbiseando:

—¿Cómo está la señora?

—Bien, ¿y usted?...

—Como siempre... Ya lo ve la señora...

Todas aquellas palabras sobraban, y así lo comprendieron ambas. Nelly miró a los ojos de la mujerona, y ésta, a su vez, señaló hacia un ángulo de la pieza una cuna. Se aproximaron. Sobre la almohada, una carita diminuta se aplastaba en pálido tinte verdoso de mala pintura, sin relieve, todo en un mismo plano. La mujerona suspiró. La otra puso apenas sobre la frente de la criatura dos de sus largos dedos, saltando sobre las frazaditas las chispas de luz de sus brillantes. El frío de aquella frente corrió por sus dedos, arriba, arriba, hasta su corazón. Era ya un frío de muerte, seco, duro...

—Luego vendrá un doctor... — dijo Nelly.

—Si señora... Hace un rato que se fué el nuestro... Me dijo... Me dijo... que ya no valía la pena de mortificar al angelito..., que ya todo era...

—¡Bah! ¡Qué sabe ese médico suyo!... Yo le voy a mandar uno bueno, un especialista de niños, cueste lo que cueste..., y verá cómo lo salva...

—Sí, señora... Dios lo quiera así...

Volvióse Nelly con presteza hacia el lugar en que había quedado Julito, la galera en la mano enguantada, la cabeza aceitada como una enorme aceituna bajo el resplandor verdoso de la bombita eléctrica.

—¿Vamos a ver si lo encontramos?... — preguntó ella, buscando salida inmediata a aquella situación desagradable.

—Vamos... — respondió él.

Apretaron una mano a la mujer y salieron. Al rato se oyó el motor del automóvil, rezongando en la calle, sobre los adoquines flamantes.

La mujerona, friolenta, arrebujada en su pañoleta de lana tejida, volvió al lado de la cuna para contemplar una vez más la carita de aquella criatura aplastada en la almohada, y exclamó:

—Bendito Dios, ¡qué madres!... ¡Mejor que te vayas, ricurita, mejor que te vayas de este mundo!...

Y como los ojos estaban ya llenos de lágrimas, el corazón de suspiros, el pecho de ahogos, lloró la buena mujer aquel hijo ajeno como si fuera el propio, que algún dolor maternal, aunque fuera postizo, debía despertar en su agonía el hijo de Nelly, la de los labios teñidos, melenita de varón y senos divinos, aunque ortopédicos.

II

ERAN las nueve y media de la mañana y debía despertarse a Nelly para que tomara su desayuno; una copa llena de pedacitos de fruta helada.

—Señorita, señorita... — repitió media docena de veces Eva, la mucama, mientras corría unas cortinas y abría las hojas de la persiana para dejar colar en el dormitorio una de esas hebras de sol enfermo que se distribuyen en las habitaciones de las casas modernas. Pero la señorita no hacía mayor caso de aquel hilo de sol que del hilo de voz de la mucama, alta, rubia y simpatiquísima mucama que a los seis meses de "servir" ya tenía "ideas propias" sobre las modas, sobre los hombres y sobre su porvenir bataclánico... Fué necesario, al fin, para obligar a abrir los ojos a la durmiente, hurgarle con un dedo bajo un brazo. Entonces dió un gracioso respingo, entreabrió los párpados, cerró la boca y se incorporó con un codo sobre las almohadas. En bata de noche, seda celeste y lazos blancos, arrugada y un poquito marchita, jugaba a parecerse a aquel rostro embetunado con tres pomadas sobre la frente, en los carrillos y en la barba, coronado todo por un complicadísimo mecanismo de hilos y tubos niquelados aprisionando rulos con apariencia de cabeza de Medusa moderna, esclava de una serie infinita de combinaciones de peluqueros geniales y carísimos.

—¡Ah! ¿Eres tú...? — balbuceó, al reconocer a la mucama con la bandejilla en la mano y el desayuno.

—Sí, señorita... Van a dar las diez, y como me encargó que la llamara a las nueve y media en punto...

—Es verdad... Es verdad... Pero, ¡tenía un sueño!

Una mano enguantada en goma, con las extremidades de los dedos encanutados en acero, una mano horrible de bruja manicura, dió un salto desde debajo de las cobijas a la cara.

Eva sonrió con sonrisa de mucama inteligente que conoce todos los secretos de tocador de su señora, a quien, en lo íntimo, desprecia con la sencillez de la juventud y de la frescura frente a frente con la madurez en declive y la simulación que apenas logra engañar.

—¡Tenía tanto sueño!... — volvió a decir la señora.

Y se quedó mirando, abstraída, el pedazo de sol enfermo que se metía por el balcón. Habíase acostado tardísimo. Después de la comida debió ir al teatro, a ver no sabía qué, nada más que por cumplir un compromiso, debiendo esforzarse por ocultar sus pensamientos después de aquella visita a... Terminado el teatro, el Hotel, la cena y un poquito de baile. Para ver si podía olvidar, había danzado todas las piezas, sin perder una, oyendo

"a la moda"

Arrili **Dib. de Biondini**

las eternas pavadas de sus tres gomosos "admiradores", pescadotes sin escrúpulos que se turnaban con una exactitud muy gentil, pero muy monótona, para "sacarla"... Después, "a las mil y quinientas", por fin, a casa, y a la cama una hora más tarde, perdida, como siempre, en tanto preparativo indispensable para seguir manteniendo "la línea". En total, ni cuatro horas de sueño, y ella que necesitaba lo menos diez para sentirse contenta...

Como si regresara de lejos, fijó sus ojos en Eva, y preguntó:

—¿No me han hablado?

—¿Por teléfono?...

—Sí, por teléfono, claro...

—Sí, señora... Toda la mañana ha estado sonando el timbre y yo tras él... No quisieron decir el número... Entonces yo descolgué el tubo, para que la dejaran dormir a la señora...

—¡Ah!...

Sentada en la cama, quitando sus guantes de goma, comenzó a comer su fruta helada.

—Mira, cuelga el tubo y acércame el teléfono por si llaman otra vez.

Lo hizo Eva como se lo pedía. Bocinas de automóviles sonaban lejanas, y un campanilleo nervioso de tranvía detenido bajo los balcones resonaba en la pieza encortinada, alfombrada, recargada de muebles y tonterías femeninas y de bazar.

—Anda, mientras, pídeme con el 00075...

Comenzó la mucama, el auricular sobre una oreja, a mover la horquilla y a decir:

—¡Hola!... ¡Hola!... ¡Hola!...

Cinco minutos después, despachada la fruta y bebiendo un vasito de agua, preguntó la Medusa:

—¿No te contestan?

—Ahora..., ahora parece que sí. A ver... ¡Hola, hola!... Señorita, ¡por favor! ¿Qué? ¿Sí? ¿Con quién?... Sí... ¡Hable!... ¡Hable! No se oye nada... A ver... Sí...

Y entregando el aparato a Nelly, agregó:

—Ahí está otra vez el mismo de esta mañana... Pregunta por usted.

—Trae... Hola... Sí... Yo... ¿Quién habla?...

Se hizo un silencio. Al instante una voz gruesa, de hombre con emoción o con alcohol sobrados se opacaba sobre la oreja de la señora. Ésta palideció de súbito bajo la triple capa de sus cremas embellecedoras.

—¿Cómo? No oigo bien. ¿Qué?...

La noticia volvió otra vez, en aquella voz pesada, gruesa, como pegajosa.

—Se murió anoche... El nene... ¿Oye?... Toda la mañana queriendo hablarle... ¿Oye?... Bueno... Se murió anoche... A ver qué hacemos

Y ella respondió:

—Bueno, muy bien, ya voy...

Dejó caer el teléfono sobre la cama, y los brazos como rotos.

—¡Qué contratiempo— pensó. —¿Qué hago yo ahora?... Pero, ¡qué fatalidad, tan luego hoy!...

Casi se pone a llorar de rabia. Para desahogarse, gritó:

—¿Qué haces ahí?... Pide ese número que te dije... ¡Marmota!...

Eva volvió a mover la horquilla, el auricular sobre una oreja:

—¡Hola!... ¡Hola!... ¡Hola!...

Nelly se tiró de la cama, en graciosa voltereta, al aire los dos encantos de sus piernas, los únicos naturales todavía. Pasó, ligerísima, al baño. Dos minutos después volvió, llamada por la mucama, para atender el teléfono. Ya estaba sin aquel horrible coronamiento de tubos de níquel, la cara mojada. las manos a medio jabonar:

—¿Quién? ¿Julito?... Oye... Soy yo... ¿Puedes venir?... ¿Adónde? A Palermo. Nos encontraremos dentro de veinte minutos, donde siempre. ¿Sí? Bueno. Dentro de veinte minutos sin falta... Bueno. Gracias. ¡Galanteador!... ¡Feo!... Bueno... Sin falta, ¿eh?... Hasta luego... ¡Ah!, me olvidaba, ¿oyes?... Señorita; caramba. ¡No corte! Oye..., Julito... ¿Sí? Oye. ¿Sabes? Aquello, ¿sabes?, se murió esta mañana, o anoche... ¿Me entiendes? Recién me dan la noticia por teléfono... Ya ves de qué humor estaré. Bueno, hasta luego; no faltes porque te necesitaré precisamente para eso, ¿comprendes?, porque yo no podré ir, pero irás tú y me lo arreglarás todo en un periquete... Hasta luego, rico...

Una hora después salía Nelly de su casa, magnífica bajo aquel vestido mañanero, de paño, ceñido, las piernas al aire, enfundadas en seda gris, ajustaditas, ajustaditas.

Llamó a un taxi abierto. La mañana, con derroche de sol, invitaba al paseo, al aire libre, al oxígeno. Al sentarse, cruzó las piernas con perversa maestría.

—¡A Palermo! —ordenó.

Dos o tres que pasaban detuviéronse a admirar aquellas extremidades ofrecidas al público hasta plena rodilla, redondas, llenas. El conductor miró con el rabo del ojo, relamiendo el pucho pegoteado sobre los labios resecos:

—¡Vaya una tipa, y tan de mañana!...

Y la "tipa", Nelly, abrió su cartera, se miró al espejito de la tapa y luego se puso a contar billetes de banco para el entierro del nene, aquel hijo "de contrabando" que tantos sobresaltos habíale costado para mantenerlo oculto y que, por fin, se iba del mundo, aunque en un día que no podía ser peor, ni aunque lo escogieran con el santo propósito de "arruinarle un programa" como pocos.

—Suerte que Julito se encargará de todo, y de esa manera...

La madre aquella sonrió. Un minuto después terminó su pensamiento, retorcido, del tamaño de un sacacorchos:

—De esa manera mataré dos pájaros de un tiro... Me libraré también, aunque sea por esta tarde, de ese pegote insufrible de Julito...

El auto corría sobre el asfalto. Un vientecillo fresco azotaba dulcemente las caras. El sol lo iba barnizando todo de alegría... El auto corría, corría, sobre el asfalto negro:

—¡Qué espléndida mañana! se dijo nelly. Y cambió de postura sus piernas, cruzadas con perversa sabiduría de mujer "moderna", libre, emancipada, tan emancipada, que hasta había podido ya arrojar a un lado de su camino ese ajobo del cariño de las madres...



ELLA LO MIRÓ UN INSTANTE COMO HACIENDO UN ESFUERZO PARA FIJAR SU ATENCIÓN EN AQUEL HOMBRE Y LUEGO DIJO...

III

La casita —dos piezas de material, un galponcito de tablas, una cocina sin puertas, y en el fondo, junto al gallinero, una piecita negra, cerrada con una bolsa vacía, —da a una calle flamante, adoquines de granito azulados bajo el alegre

(Continúa en la pág. 26)

CUADRITOS PORTEÑOS

Náufrago de la vida

Dibujo de Víctor Macaya

Por **Pedro Barraza**

MOZO! Otro medio litro.

—Pero, che, ¡no seás bárbaro! Mirá que ya te has tomao como ocho o nueve...

—Dejáme, hermano. "Quiero beber mi juventú de un sorbo", como dijo no sé qué poeta.

—Mirá que la curda de cerveza es de las más bravas...

—No te aflijás, viejo, porque quiero olvidarme esta noche de mi vida. Yo soy una cosa que camina, un vencido, un perro sin dueño...

—¡Zas! Te ha dao por el sentimentalismo. ¡Está bueno!

—Es que vos no sabés lo que es venirse, como yo, barranca abajo. Vos no sabés lo que es haber estao como un rey, y un de repente convertirse en el último de los hombres. ¡Mozo, otro medio litro!

—¡Basta, Pancho, que vas a comenzar a hablar en alemán!

—Quisiera hablar esta noche en esperanto, pa que todo el mundo conociese lo que es la decadencia de un hombre.

—Pero hace rato que te venís lamentando, y hasta ahora me tenés en ayunas. ¿Querés desembuchar o no?

—Mirá: vos sabés que hace como cuatro o cinco o tal vez más años que no nos vemos...

—Son como seis. Seguí.

—Bueno. Yo hace más o menos tres o cuatro años era un hombre feliz: tenía una mujer que me quería, estaba empleao en la Municipalidá, donde no iba más que pa cobrar, y la felicidá me salía, como el sudor ahora, por todos los poros...

—¿Y qué te pasó luego?

—Luego... ¡La catástrofe! Me dió por el juego... Meta quinielas, loterías, carreras, poker... En fin, todas las calamidades que han inventao los hombres pa desplumarse unos a otros.

—¿Y todo por el juego, che?

—Así es, y ojalá nunca caigás vos en sus redes, porque vás a cambiar como del día a la noche. Me volví tan bárbaro, tan loco por el juego, que no vivía sino jugando. Mi mujer, cansada de soportarme, levantó el vuelo y se fué. Creo que anda por Córdoba o Rosario, no sé; es lo mismo... Perdí el empleo porque varias veces me embargaron el sueldo, y fuí cayendo un poquito cada día, hasta que... ¡Mozo, otro medio litro! ¡Quiero olvidarme de que vivo!

—No tomés más, te digo, que ya empezás a traspirar cerveza. Cométe algunos sángüiches pa evitar los efetos.

—Es lo que voy hacer. ¡Mozo! Sángüiches especiales, surtidos... Con pan negro, ¿eh?, que me lo ha recomendao el médico.

—¿Y qué hacés ahora?

—Vivo del sablazo.

—¿Eh? ¿Cómo decís?

—No te asustés. Cada cual vive como puede. ¿Vos cómo vivís? ¿Siempre tenés el tallercito de relojería?

—Siempre.

—Bueno. Yo vivo sableando. Hoy a uno, mañana a otro... ¡He perdido la vergüenza, viejo!

—¿Y por qué no trabajás?

—Eso se dice con facilidá, pero lo difícil es ponerlo en prática.

—No veo por qué.

—Vos no lo ves porque... ¡Mozo! Otro medio litro... Vos no lo ves porque siempre has trabajao, sos un hombre moldeao en la escuela del trabajo, y, claro, pa vos trabajar es tan natural como respirar... Pero yo, que siempre he tenido ociosidades de gran señor y he vivido haciendo como que trabajaba, ¡el trabajo me resulta un infierno, una maldición!

—¿Entonces quiere decir que tu caso es perdido?



—ESTOY PERDIDO. NAUFRAGO, AHOGANDOME EN ESTE MAR AMARGO DEL FRACASO.

—Completamente. Estoy perdido, náufrago, ahogándome en este mar amargo del fracaso. ¡Que no te agarre el juego, viejo, que no te agarre el juego, que es peor que si te agarra la lepra! ¿Y querés que te diga una cosa, pa que te des bien cuenta de lo miserable que soy?

—¿Qué cosa es?

—Que a pesar de que el juego me ha hundido, centavo que tengo, centavo que va a parar a la agencia de lotería. Soy como esos pobres diablos que se emborrachan con vino barato porque no pueden hacerlo con champán... Estoy perdido, completamente perdido... ¡Mozo! Otro medio litro...

—¡Che! Pero ya van como quince.

—No importa, hermano. Vos tenés relojería... En cambio, ¡yo ni siquiera tengo reló!

—Lamento mucho tu situación, y si en algo puedo remediarla...

—Mirá: por lo pronto, remediá todos estos medios litros que hay que pagar, con el aditamento de los sángüiches, y después, si te alcanza la buena voluntá, me ayudás con cinco nacionales...

—Tomá, aquí los tenés... ¡Y olvidáte de cómo me llamo!

—Pero, ¿cómo? ¿Qué decís ahora?

—Que te olvidés que me has conocido alguna vez, ¿entendés?

—Pero, ¿no me ofreciste remediar la situación?

—Pa remediar tu situación, ¿sabés el único remedio que vos necesitás?

—¿Cuál?

—¡Que te des un balazo bien dao!

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué risa! ¿Vos te cres que soy algún idiota? ¡Matáte vos, hermano, que yo te he de llevar flores a la Chacarita!

—¡Me das asco! Adiós.

—¡Adiós, hermano! Y gracias por los medios litros... (¡Y por el reló que se me vino a las manos!)

La Musa Argentina

LA CASA TRISTE

I

Es este ambiente de hospital tan triste,
tan doloroso y frío,
que el corazón se encoge de pavura
como bajo la garra del destino.

Las camas alineadas me parecen.
con su blancor de lino,
sepulcros uniformes que guardaran
en vez de muertos, vivos.

II

Y después, este olor medicinal,
este olor penetrante,
este olor a hospital
que nos sigue, al salir, obsesionante...

¡Ay! Cada vez que mi alma sensitiva
visita a un hospital,
se desgarra como una llaga viva
y reconoce es poderoso el Mal.

III

El sol, entrando por los ventanales,
dora la palidez de los dolientes
y aviva las miradas espectrales
y colora las bocas y las frentes.

Sol jovial, sol amigo, sol benigno,
alegra con la gloria de tu alas
a los que sufren un dolor maligno,
emparedados en las frías salas.

Pon la bondad, oh sol, de tus caricias
sobre los tristes de incurable mal.
¡Tal vez con la ilusión de tus delicias
se olviden del horror del hospital!

LÓPEZ DE MOLINA.

VERSOS A MI MADRE

QUE NUNCA NOS FALTE HILO Y SUEÑO

Por SALVADOR MERLINO

Tú coses, siempre coses. Y yo, pobre poeta,
tiendo mi vista lejos o pienso en esas cosas
por las cuales la vida se nos hace discreta:
en los sueños pueriles y en las frases hermosas.

No obstante, muchas veces abandono el pequeño
cuidado de mis actos y te observo y cavilo:
¿qué será de nosotros cuando nos falte el sueño
a mí, y a ti la aguja, la costura y el hilo?

Tanto se embebe el hombre de sus cosas y tanto
llega a amarlas, que un día ya sin ellas no pasa.
Por eso ruego a Dios por mi sueño y mi canto
y cuido de que nunca nos falte el hilo en casa.

CANCIÓN DE CANCIONES

En el pueblo donde vivo
soy famoso por demás;
me señalan con el dedo
como a una gloria inmortal.

Las mujeres me sonríen...
(Decirlo no está de más.)
Siempre las mujeres gustan
sonreír, por coquetear.

Los hombres son mis amigos,
mi amiga la autoridad,
y ya se habla de una plaza,
con una estatua además.

Y también es voz corriente
(modestia no cabe acá)
de que allí nunca ha vivido
un cantor tan colosal.

Y cuando canto mis versos
(los domingos, nada más),
en coro: "¡Qué bien que canta!".
tan sólo se oye exclamar.

Las muchachas me presumen
(Es cosa muy natural.)
Y por presumir se muerden
las uñas o el delantal.

Y así se me van los días
con toda tranquilidad...
Hay en el pueblo que vive
dos o tres casas, no más.

JOSÉ BARCELÓ Y SALGUERO.

FUEGOS FATUOS

No confíes ciegamente
en promesas de mujer.
La que en quererte consiente,
pronto, acaso, se arrepiente
de sus transportes de ayer.

Mi opinión, sin petulancia,
es que, en materia de amor,
la femenina constancia
dura lo que la fragancia
en el cáliz de una flor.

R. DE ITURRIAGA Y LÓPEZ.

EL PATIO

En verano es el ancho patio una maravilla.
Los claveles, que sangran a los rayos del sol,
le dan gracia de patio de solar español.
De noche es un poema cuando la luna brilla.

Levanta el tosco pozo, blanqueados de gris,
sus pilares do juegan las palomas caseras
y salpican de nieve verdes enredaderas
cuando florecen tiernos jazmines del país.

Y la parra, que siempre nos dió frutos opimos
y en estío nos brinda fresca sombra propicia,
es contemplarla hogaño tentadora delicia,
cargada, como nunca, de sabrosos racimos.

PEDRO S. CHERRUTTI.

No es necesario el reloj para saber la hora

LOS marinos saben leer la hora en el gran cuadrante del sol y los salvajes en los troncos de los árboles, según la longitud y posición de las sombras.

En el campo, donde no se tiene constantemente a mano un reloj, como en las ciudades, pueden aprovecharse las flores para saber la marcha del tiempo, porque algunas se abren a horas fijas. La lechuga a las seis de la mañana, el nenúfar a las siete, la anagálida silvestre a las ocho, la caléndula a las nueve, la ficoide napolitana a las diez y la ficoide glacial al mediodía.

El clavel prolífero se abre a la una, el aliso a las cuatro, el dondiego a las cinco, el geranio lívido a las seis, la azucena a la siete y la ficoide nocturna a las ocho.

Mas, como no todo el mundo cultiva plantas, vamos a indicar otro reloj que si no da campanadas tiene, en cambio, la ventaja de decir la hora cantando. Este reloj es el de los pájaros. El ruiseñor abre la serie lanzando sus notas cristalinas desde medianoche hasta la una de la madrugada. El pinzón le sucede de una y media a dos. La curuja de cabeza negra canta de dos a dos y media. Sigue la codorniz a las tres y después cantan la curuja de vientre rojo hasta las tres y media y el gallo a las cuatro. El mirlo precede al paro negro, que canta de cinco a cinco y media, y, por último, pía el gorrión.

Esto en cuanto al reloj ornitológico, pero los chinos prefieren la pupila de los gatos. A fuerza de costumbre les basta una simple inspección de esta pupila más o menos dilatada. Después de haber sido redonda durante la noche, por la mañana es ovalada; desde la mañana al mediodía estrecha su diámetro hasta convertirse en una simple rayita vertical y desde el mediodía a la noche recobra sensiblemente su forma oval.

Desde la más remota antigüedad los hijos del cielo emplean este sencillo medio para saber la hora sin reloj ni clepsidra.

Con el serrín de una madera especial cuidadosamente raspada fabrican una pasta que después de seca y en forma de bastoncitos se quema lentamente, y los chinos que tienen un golpe de vista muy preciso, les basta mirar hasta dónde llega lo quemado para saber la hora.

Cuando necesitan un despertador, recurren a un medio muy curioso. Suspenden una pesa pequeña de metal del punto del bastoncillo donde debe llegar la lumbre a la hora requerida, y cuando llega ésta, la pesa cae en una vasija de cobre y despierta con el ruido al durmiente.

Más rudimentario, pero más original también, es el procedimiento que emplean los caravaneros árabes en el Sahara. Antes de dormirse encienden un extremo de una varita que no se apaga nunca y que arde muy lentamente, sin llama, y se ponen el otro extremo entre le dedos de los pies, de modo que a la hora de levantarse les despierta el calor y a veces la quemadura.

El sistema es sencillo y práctico, cuando se tienen pies capaces de soportarlo todo, como, les ocurre a los hijos del desierto.

Las varitas son más o menos largas, según lo que haya de madrugar.

MODOS DE PENSAR

Por JOSÉ M. BRAÑA

NO te ha ocurrido, lector, comunicar a un amigo que ya tienes novia, y que este amigo, en lugar de preguntarte: "¿Es buena; es honrada?", te ha preguntado solamente: "¿Es linda?"

La nueva poesía lírica ya no es poesía. Para reconocerla como tal, estoy también obligado a reconocer la factura del almacenero como un engendro poético.

—

Conozco un señor respetable, muy afecto a la buena lectura, que no ha leído el "Quijote" por haber sorprendido un día a su portero leyéndolo.

La República Argentina está en plena evolución de paz y de trabajo

NUESTRO país acaba de entrar en el año que corre con paso seguro y el espíritu desbordante de optimismo. No hay, actualmente, otra nación en la tierra cuyo presente y cuyo porvenir sean más brillantes. La República Argentina jamás ha estado en una situación tan próspera. Toda la abundancia que nos ha dejado el año que acaba de pasar es una anticipación de lo pródigo que será el que ya hemos comenzado.

Abundancia, libertad y trabajo, he ahí las tres grandes aspiraciones de la humanidad. Pues bien: la Argentina está en condiciones de brindarlas a todos los hombres de buena voluntad. Abundan, como nunca, las producciones de nuestro suelo admirable; la libertad sigue floreciendo cada vez más lozana y con raíces más profundas en nuestra patria; y el trabajo — bendición de todo los pueblos buenos — es el credo por el cual se mueven nuestras poderosas fuerzas vivas.

Nuestra visión no se funda en simples suposiciones, sino en los hechos abonados por el inflexible razonamiento de las estadísticas. Cifras que fríamente hablan a nuestra mente, pero cuyos totales siembran un cálido optimismo en nuestros corazones.



Se pronostica que la producción de cereales de este año, aumentará en esta forma, con respecto a la cosecha pasada:

Trigo: 520.000 toneladas más.

Lino: 405.000 toneladas más.

Centeno: 55.000 toneladas más.

La producción de avena, ha disminuído.

—

La circulación fiduciaria era, a fines de 1927, de 1.378.535.222.54 pesos. Vale decir que si se repartiera entre todos los habitantes de la República esa cantidad, nos tocaría pesos 137.85 por cabeza.

—

Se exportaron 344.385 fardos de lana.

—

Entre los bancos y la Caja de conversión, hay una existencia de oro de 548.516.464 pesos moneda nacional.

—

La producción anual de vino alcanza a 3.500.000 bordelesas.

—

Hay invertidos en la industria vinícola 730.000.000 de pesos moneda nacional.

—

El calzado, que hasta hace poco se importaba del extranjero, es hoy día una industria floreciente y sólida, con más de 53 millones de pesos invertidos en ella.

—

En el país se vende calzado por valor de 180 millones de pesos al año.

Los molinos existentes en el país, pueden moler, cada veinticuatro horas, 8.306 toneladas de grano.

—

El Brasil continúa aumentando la importación de harina argentina.

—

Hay 153.000 hectáreas en las que se cultiva la caña de azúcar.

—

En la industria azucarera se da ocupación a más de 100.000 obreros criollos.

—

Se exportaron, en 1927, 871.815 toneladas de carne. Hay naciones europeas donde la mayor parte del consumo es de carne argentina.

—

Funcionan, en la Argentina, quince frigoríficos.

—

En el primer semestre de 1927, se obtuvieron en el país, 32.666.416 litros de nafta.

—

La cantidad de petróleo obtenida en ese mismo período, alcanzó, en Comodoro Rivadavia, a 376.282 metros cúbicos.

En las escuelas primarias de la república, hay 540.000 alumnos inscriptos.

—

El término medio de la asistencia fué, el año pasado, de 440.860 alumnos.

—

Hay 4.417 escuelas, de las cuales, la Capital Federal cuenta con 434.

—

Los maestros de la república, que forman el ejército de nuestra civilización, son 18.483. Más numerosos que los soldados de nuestro ejército en tiempo de paz.

—

En los primeros meses del año pasado entraron al puerto de Buenos Aires 2.998 buques, con un total de 8.878.883.87 toneladas, de los cuales, 1.047 eran de bandera inglesa.

—

En todos los puertos de la república el número de buques entrados asciende a 52.371.

—

El número de inmigrantes llegados al país, del 10 de enero al 30 de noviembre de 1927, fué de 142.108. 26.944 más que en el mismo período del año anterior.

Hace diez años sólo había en los bancos, depósitos por valor de 2818 millones. Ahora hay 3.644 millones.

—

El comercio descontó pagarés por más de 438 millones.

—

Los depósitos en cajas de ahorros, nada más que en el Banco de la Nación, suman 800 millones.

—

En 1918 el Banco Hipotecario Nacional, había prestado 655 millones. Los préstamos en 1927 llegaban a 1515 millones. Hay, en circulación, cédulas hipotecarias por valor de 1332 millones.

—

El total del área sembrada en la república, asciende, en la actualidad, a 12.992.000 de hectáreas.

—

La producción de manteca alcanzó a cerca de 35.000.000 de kilogramos; la de queso a 15.000.000, y la de caseína a unos 20.000.000.

—

Las líneas ferroviarias suman una extensión de 37.547 kilómetros; y se están construyendo nuevos ramales en las servidas por los Ferrocarriles del Estado.

—

La producción anual de vinos se calcula en cinco millones y medio de hectolitros, mayor cantidad de la que necesita la población de la república para su consumo.

—

Existen 120.200 hectáreas destinadas al cultivo de patatas; y la producción anual de dicho tubérculo alcanza a 970.000 toneladas.

—

Los alfalfares cubren 6.021.500 hectáreas de la superficie territorial de la república.

—

Los 255.429 extranjeros que llegaron al país en el año 1926, corresponden a 93 nacionalidades diferentes.

—

La República Argentina figuró el año pasado en el cuarto lugar entre los países productores de trigo. Fué aventajada por Estados Unidos, India Británica y el Canadá. En este último fueron sembradas con dicho cereal 9.039.000 de hectáreas, mientras el área sembrada en la Argentina sólo alcanzó a 7.987.000.

—

En la producción de lino aventajamos a todos los países del mundo. La cosecha de dicha semilla en 1927 está calculada en 2.160.000 de toneladas.

HUMORISMO AJENO



GRAVE INSULTO

— Papá, esta mañana un muchacho de la escuela me dijo que yo era igual que tú.
— Y tú, ¿qué le dijiste?
— No le dije nada porque era mucho más grande que yo.



JUSTIFICACIÓN

— ¿Cómo es que tenía usted todos estos objetos en los bolsillos?
— ¡Qué quiere, señor! Nosotros los pobres ni tenemos un mísero aparador.



EN BLANCO

— Ya sé que tú no puedes querer mucho a un poeta que escribe en versos blancos.
— No importa, querido. Basta que tú me firmes cheques en blanco.



PROBLEMA DIFÍCIL

— El hombre que se case conmigo no tiene que fumar, ni beber, ni salir de noche, ni tener muchos amigos. Pero, es claro, no le privaré que se divierta.
— ¿Quiere usted decirme cómo?



AL PIE DE LA LETRA

— Niños, ya han comido ustedes bastante; pueden retirarse.
— ¡Qué esperanza! ¿No decían las invitaciones que el te era de cinco a seis y media? ¡Y todavía no son las seis!



PADRES MODERNOS

— ¿Qué le pasa a su hijo?
— Me ha insultado groseramente, me ha dado dos bofetadas terribles, y entonces he querido castigarlo poniéndolo de cara a la pared.



A MANO

— Senor, estos diez pesos son falsos.
— Pues estamos a mano.
— ¿Por qué, señor?
— Porque falso era también su guiso de liebre...



PUNTOS DE VISTA

— Debe ser difícil la vida del pobre, ¿verdad, buen hombre?
— No lo crea, señora. A mí me parece demasiado fácil.



ESPOSO MODELO

— Sí, mis amigos: desde hace veinte años que me he casado, no he salido una sola noche.
— ¡Eso es amor!
— No sea ingenuo: eso es reumatismo.



LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

El maestro de escuela. — Tome usted la cuenta, vaya a sentarse y ponga más atención al hacerla otra vez.



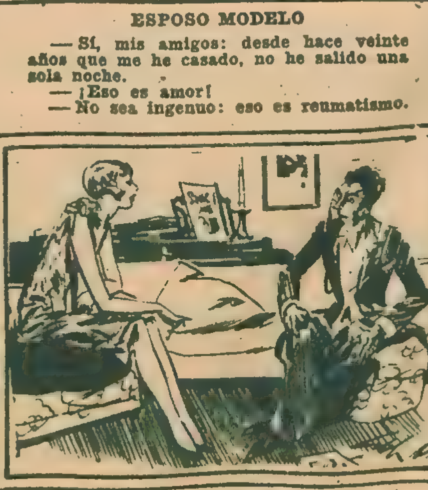
LA FIERA DEL CIRCO

— Dígame, señora: ¿no ha visto usted pasar por aquí un leopardo?
— Creo que sí. Pero ¿quiere decirme cuántas manchas tenía en la piel?



EL COLMO DE LA TACAÑERÍA

— Déme cinco centavos de cianuro.
— No vendemos menos de diez centavos.
— ¡Al diablo! Entonces no me suicido.



LOS JÓVENES INTELIGENTES

Ella. — Cuando mi mamá nació, no pesaba más que un kilo.

Él. — ¡Qué cosa! ¿Y vivió?



CONSECUENCIAS

— ¿No sabe usted por qué salió mi esposo cantando como un pájaro?
— Creo que debe ser porque en vez de una sopa de arroz, se la hice de alpiste.

(De *Punch, Life, Judge, London Opinion, The Humorist y Dic Muskete*)

CUENTOS DE LA VIDA DEL CAMPO

La primera cosecha

Por **Juan M. Prieto**

VAMOS a la cosecha, muchachos; en la cosecha se gana mucha plata.

El que hablaba, un hombre como de cincuenta y cinco años, con más picardía que canas, hizo la propuesta sentado sobre una pila de ladrillos; luego se pasó una mano por el bigote, y mirando a sus dos compañeros, añadió para resolverlos:

—Lo menos que vamos a traer, cuando volvamos, serán unos trescientos pesos.

José Ramón, el más joven de los tres, exclamó:

—¡Ya está!... Por mí... Si me llevan...

Tenía quince años y jamás había salido de la ciudad. Conocer la campaña y luego regresar con unos pesos era su ilusión. Aplaudió la idea, y como para demostrar su alegría o su fuerza, tomó un ladrillo y lo arrojó al aire.

El otro, un mocetón rubio, pecoso, que trabajaba de "media cuchara", lo llamó a sosiego.

—¡Quedate quieto! No tirés los ladrillos.

Después hizo algunas objeciones. La cosecha tenía su pro y su contra; había que trabajar de sol a sol, comer mal y dormir peor...

—Claro que no se duerme sobre colchón de plumas—le interrumpió el que había hablado primero.—Pero te aseguro que sobre un montón de paja tampoco se duerme tan mal. ¡Las veces que he dormido yo al raso! Y sin embargo, ¡aquí me tenés, Valentín, sano y fuerte!

—No digo que no, don Eustaquio; yo también. Pero éste...

E indicó con el pulgar a J. Ramón.

El aludido apresuróse a responder:

—Yo soy capaz de dormir sobre una piedra. Si ustedes van, me voy con ustedes.

El capataz de la obra los llamó para reanudar la tarea. Valentín subió el andamio, José Ramón tomó dos baldes y los llenó de mezcla. Al pasar frente a don Eustaquio, que apagaba la cal, se detuvo para preguntarle:

—¿Cree usted que es peor trabajar en la cosecha que de "balancín" en las obras?

—¡Qué esperanza, muchacho! Ya verás cuando lo pruebes.

La voz de los oficiales que pedían a gritos la argamasa, llevó a José Ramón al otro lado de la obra. Allí el capataz le increpó por su lentitud. Había que andar más de prisa con los baldes y no esperar que los albañiles lo llamaran.

Valentín, desde arriba del andamio, díjole después:

—Si te decides a venir con nosotros es bueno que te acostumbres a apurarte. Me parece que tú no sirves para ir a la cosecha. Eres como una tortuga...

Los albañiles, que oyeron las palabras de Valentín, echáronse a reír y durante toda la tarde estuvieron llamándole "Cosechero".

El afán de hacer dinero con que librarse de las penurias cotidianas, empuja a muchos hombres de la ciudad a esa aventura que casi siempre es la cosecha. Van llenos de ilusiones, y algunos de ellos vuelven con un puñado de pesos; pero también no son pocos los que regresan más derrotados que nunca, o son víctimas del error de los hombres, como le ocurre al joven iluso protagonista de este cuento.

LA noche víspera de la partida, José Ramón apenas si pudo cerrar los ojos. Se veía en el campo levantando gavillas, en la cocina rodeado de paisanos, unos paisanos de circo, según se los imaginaba, con amplias bombachas, cuchillo en el cinto y tocando la guitarra. Él mismo veíase de esa manera y le parecía que el tiempo no pasaba nunca y que aquella noche era la más larga de su vida.

Levantóse temprano y anduvo dando vueltas sin saber qué hacer. Luego púsose a afilar un cuchillo con cabo de hueso que había comprado dos días antes; se lo colocó atrás, en la cintura, y a la hora del almuerzo se sirvió de él para ir acostumbrándose.

Por la tarde se preparó la "linyera".

Cuando vinieron sus compañeros a buscarlo, hacía ya horas que estaba listo.

La madre tenía los ojos llorosos.

El padre habíase despedido de José Ramón por la mañana, antes de marchar a su trabajo.

—Te dejo ir para que vayas conociendo el mundo—habíale dicho.—Eres un hombrecito, y yo a tu edad ya había rodado mucho; sé prudente y acuérdate de nosotros.

Se despidió de su familia como un mozo que sale de su hogar para ir a incorporarse al ejército.

Tenía un nudo de emoción en la garganta y sentía deseos de llorar y de partir.

AL día siguiente, después de mediodía, los tres compañeros descendieron del tren.

Valentín dijo:

—Es necesario comer.

Estuvieron de acuerdo en eso; los tres tenían hambre.

Pero el único que tenía con que comprar algo era José Ramón.

Los otros aseguraban que el pasaje les había "comido" el dinero que llevaban.

El muchacho respondió:

—¿Somos compañeros, verdad?... ¿A qué hacerse mala sangre?... Pago yo. Tengo cinco pesos; aquí están.

Don Eustaquio se apoderó de ellos y fué en busca de comestibles. Salamines, pan, queso y una botella de vino. Trajo también unas monedas de vuelto y se las entregó a José Ramón, diciendo:

—Aquí es todo muy caro. Pero no te aflijás por el dinero; ya encontraremos patrón que nos mantenga.



LA VIDA RURAL, VISTA DESDE LA CIUDAD A TRAVÉS DE LAS LEYENDAS, ERA ALGO MUY DIFERENTE A LO QUE VEÍA AHORA...

Efectivamente, tuvieron suerte; esa misma tarde encontraron un chacarero que andaba en busca de peones.

Antes de contratarlos titubeó frente al adolescente.

—Este muchacho—observó—no me parece que sirva. Es muy joven...

Mas don Eustaquio lo atajó diciendo:

—Ya ha trabajado el año pasado en la cosecha.

El chacarero convino en llevarlo, pero sin fijarle jornal hasta no ver.

Luego preguntóles dónde se alojaban.

—En ningún lado—repuso Valentín.—No tenemos plata.

—Yo no puedo llevarlos hasta mañana. He venido a caballo.

—Es lo de menos; lo esperaremos aquí; esta noche la pasaremos al sereno. Estamos acostumbrados.

—Ahí están los galpones de cereales—dijo el chacarero.—Siempre es un techo; yo le hablaré al jefe de la estación para que los deje estar.

—Sí, sí; gracias.

El campesino habló con el jefe.

Los galpones estaban ocupados, y nadie podía entrar en ellos.

Cuando lo supieron, los tres compañeros se encogieron de hombros.

—Es lo mismo—dijeron.

—Mañana vendré a buscarlos—repitió el patrón.—Son nueve leguas las que hay que hacer para llegar a la chacra.

Después se despidió y se marchó.

Mirando las primeras estrellas, los tres se quedaron dormidos profundamente sobre dos ponchos, al reparo de uno de los galpones; el rocío mojaba la frazada que cubría sus cuerpos.

José Ramón soñaba que entraba de nuevo en su casa y llevaba en los bolsillos centenares de pesos.

EH, dormilón! ¡Arriba!

El muchacho abrió los ojos, pero el sol lo obligó a cerrarlos nuevamente, pestañeó y levantóse.

Era una mañana diáfana. El chacarero ya estaba allí sobre un pequeño carro sin elásticos, tirado por tres caballos.

En pocos minutos recogieron las "linyeras" y se ubicaron en él.

El patrón azuzó las bestias, las tocó con el látigo y los animales arrancaron al trote largo; depués, volviéndose a los peones, dijo:

—Llegaremos al mediodía. Nueve leguas no es mucho. Los caminos están buenos.—Y volvió a castigar los caballos.

Los tres compañeros saltaban como títeres sobre el piso del carro. El campo no terminaba de tragárselos, y cuando descendieron en la chacra, tenían los huesos molidos.

LA decepción de José Ramón era grande; la vida rural, vista desde la ciudad a través de las leyendas, era algo muy diferente a lo que veía ahora. Él esperaba ver gauchos, y encontraba gringos. Trabajaban en la cosecha italianos, españoles, búlgaros y rusos; si había algún criollo entre ellos, él no podía distinguirlo por la vestimenta. Las bombachas seguramente se habrían estrechado de vergüenza, hasta convertirse en pantalones cuyos bajos escondíanse bajo las medias. El asado había sido substituído por los fideos en guiso; el cimarrón por el mate cocido, y la guitarra, indudablemente, estaría apolillándose quién sabe dónde, porque lo que él oía por las noches, amén de los ronquidos, era el acordeón del chacarero, que lo tocaba bastante mal.

A los dos días de andar por el rastrojo amontonando gavillas, el patrón le dijo:

—A usted voy a pagarle tres cincuenta; ¿está conforme?

Los demás ganaban seis pesos diarios.

El muchacho replicó:

—Déme cuatro siquiera...

—¡Qué esperanza! Usté es medio peón, amiguito; le falta comer mucha galleta pa ser entero...

José Ramón aquella noche consultó el parecer de sus compañeros; estaba indignado, llegó a amenazar porque lo explotaban sin consideración.

—Soy chico—decía,—pero trabajo casi a la par de todos; me reviento trabajando. ¡Aprovechador!—En seguida aventuróse a añadir:—Deberíamos irnos...

—Nosotros estamos bien—le contestaron.

Y él, comprendiendo que no había solidaridad entre ellos, se quedó. Solo, ¿adónde iba a ir? Además, le convenía quedarse para ganar con que reponer la ropa que se le había ido desapareciendo de la bolsa, ya que apenas le quedaba lo puesto.

Una vez se quejó a don Eustaquio que le habían robado el cuchillo, y éste le dijo:

—¡Roba tú también!

AQUEL anochecer sus ojos quedaron absortos en la contemplación de la arrogante figura de un gaucho, quien, bien montado, luciendo anchas bombachas, finas botas y un reluciente chapeado en la montura, acababa de detenerse a diez metros de la casa, junto al palenque.

—¿No está el patrón?—preguntó el forastero.

(Continúa en la pág. 28)

Una señorita norteamericana

Por Miguel Cané

A las siete y media de la noche entré en uno de los soberbios *palace-car* que sólo se encuentran en las líneas americanas y tomé posesión del compartimento reservado de antemano. Los *sleeping-car* americanos, arreglados con más lujo que los europeos, son incontestablemente más cómodos. Un corredor al centro, y a ambos lados, pequeñas divisiones que se aíslan fácilmente por medio de cortinas y tabiques ligeros; las camas están colocadas en el sentido del vagón. Anchas, limpias y abrigadas. En cada compartimento hay dos, una abajo y otra arriba; pero mientras no se tienden, los dos sofaes, vis-à-vis, pueden contener coatro personas. Yo había retenido el lecho de abajo; así, me llamó la atención, al llegar a la división que me correspondía, ver instaladas ya dos personas. Eran un hombre de barba blanca, de unos sesenta años de edad, y una niña de veinte, esbelta, de facciones agradables y finas. Faltaba aún un cuarto de hora para la partida del tren, y yo empezaba a alarmarme por la noche en caso de que hubiera habido error en la asignación de las piezas.

—Perdón, señor—dije en mi mal inglés—en este compartimento no hay más que dos camas, y yo tengo el billete de una de ellas. Como calculo que habrá error, sería bueno corregirlo antes de que el tren se ponga en marcha.

—No, señor—me contestó el yanqui;—yo desciendo. Mi hija va sola hasta Utica.

Me incliné en silencio, ligeramente intrigado. Padre e hija continuaron conversando, sin cuidarse de mi presencia, sobre asuntos del hogar, recomendaciones para la salud, recuerdos de familia, etc. Un hombre que ha corrido un poco el mundo se engaña difícilmente: aquella criatura era pura y honesta. Dos fuertes besos, un largo abrazo, un saludo para mí, y el padre descendió, mientras el tren se ponía en movimiento, tomando pronto aquella marcha vertiginosa que sólo en las líneas americanas se ve. La noche había caído y cada una de las veinte o treinta personas que ocupaban el *sleeping* comenzó a hacer lentamente su preparativos. Sin poder leer, me puse, naturalmente, a contemplar a la que tan íntimamente iba a ser mi compañera de viaje. Era indudablemente bonita: grandes ojos pardos, pelo castaño, un cuerpo modelado y un pie fino y bien calzado asomaba la puntita por debajo del vestido. No pude vencer mi curiosidad; en Europa me habría abstenido de dirigirle la palabra; extranjero y en América..., ¡bah!

Su itinerario cayó, el pretexto estaba encontrado. "Aquí de mi inglés", me dije, y comencé:

—Señorita, según lo que he oído al caballero que acaba de bajar, y creo que es su padre de usted, usted tiene el billete de una de las dos camas de esta división. Ahora bien: como yo tengo el de la de abajo, que por muchos motivos es la más cómoda, suplico a usted quiera permitirme que le proponga un cambio. En el momento en que usted desee recogerse, me retiraré, y le prometo—añadí sonriendo—incomodarla lo menos posible.

—Mil gracias, señor. El conductor ha prometido a mi padre darme un *low bed*, si queda alguno vacante. En caso contrario, acepto agradecida su amable invitación. Tengo el sueño plácido y podrá usted dormir tranquilo.

Declaro que, a pesar de toda mi buena voluntad, no pude encontrar un átomo de malicia en la expresión con que fué dicha la frase. Pero tenía ya bastante para llegar a mi objeto, y proseguí:

—Mi deplorable acento le habrá hecho comprender hace rato que soy extranjero. Con ese título, ¿me permite usted que le haga una pregunta y que hablemos como dos buenos amigos para matar una o dos horas?

—*With pleasure, Sir.*

—Conozco un poco las costumbres americanas; pero no puedo habituarme a ellas, porque me parecen, en ciertos casos, contrarias a la naturaleza. ¿No se encuentra usted incómoda entre toda esta gente desconocida, que puede ser educada o grosera al azar, en este dormitorio común, en el que cada uno se conduce según sus hábitos más o menos discretos? En una palabra, ¿no tiene usted miedo?

—¿Miedo? ¿Y de qué?

—De viajar sóla, expuesta a que algún individuo ordinario le falte al respeto.

—¿Sola?—y sonreía mirándome con asombro—¿Qué haría usted si uno de esos caballeros me dijera algo impertinente? ¿No tomaría usted mi defensa?

—Naturalmente

—Esté usted seguro que, si yo diese una voz, todas las personas que ocupan el vagón se lanzarían a un tiempo y harían pasar un mal rato al cobarde que pretendiese insultar a una mujer.

—Perfectamente; pero lo que me admira es ese triunfo admirable de la razón sobre el instinto. Las mujeres son miedosas, pusilánimes por naturaleza. Si razonaran, serían tan bravas como nosotros, que a veces afrontamos peligros serios únicamente sostenidos por la voluntad.

—La educación lo hace todo. Ustedes los europeos (me creía español) educan mal a las mujeres. Las costumbres americanas...

Y aquí todos los argumentos conocidos en favor de la emancipación social de la mujer, expuestos con un orden que revelaba la frecuencia de ese género de disertaciones. Luego, empezó a hacerme preguntas sobre Europa, hasta que el conductor vino a decirle que la cama baja del compartimento frente al mío, separado simplemente por el corredor de una vara, estaba a su disposición.

Le deseé buena noche y me fuí a recorrer el tren de un extremo a otro. Nada más cómodo que esa facilidad que permite estirar las piernas y distraerse con el cambio de aspectos.

(Continúa en la pág. 34)



Consultó su itinerario y arregló sus maletas...

Fábulas nativas

Por Joaquín V. González



EL NOGAL APALEADO

En cierto pueblo de la montaña, unos paisanos tenía nun nogal corpulento y frondoso, el cual les daba para vivir un año con la suficiencia de los pobres.

Ningún cuidado, a no ser un escaso y tardío riego, dispensaban al generoso y paciente árbol; y, además, para cosecharle su fruto, se armaban de largos garrotes con los cuales castigaban sus gajos y hacía caer en confusión, junto con las nueces, las ramas extremas y más lozanas.

En uno de esos años comenzó a notarse una gran merma en la habitual abundancia de la cosecha, y creyendo los dueños que ella se debía a que no lo castigaban bastante, la emprendieron con él a palos con tal furia, que no tardó el nogal en quedar convertido en un esqueleto.

Fué entonces, que, por una de sus heridas abiertas, les gritó, entre doliente e irritado:

—Pero, bárbaros: ¿Por qué me apaleáis de este modo? ¿Así me pagáis el alimento y la sombra que hace años os regalo?

Y ante la sorpresa y el espanto de sus verdugos al oírle hablar, el árbol concluyó:

—Si al que trabaja y produce para vuestro sustento y comodidad lo maltratáis, y creéis por la violencia arrancarle mayor esfuerzo y rendimiento, sois unos ignorantes y unos perversos, porque ni los hombres libres, ni los esclavos, ni los animales, han dado nunca más por ser castigados.

"Todos tenemos una vida y un alma que n ecesitan el cuidado del amor y de la ciencia. Si no nos tratáis bien por amor o caridad, como iguales, hacedlo por vuestra conveniencia, y seréis así más justos y felices.

"Por cálculo ser buenos, nada empece,
ya que no por amor del que padece."

EL AVESTRUZ SILBADOR

Bajo las ramas de un centenario algarrobo, decano de la comarca y club consagrado de todos los personajes de sus fábulas, una lechuza, una chuña y un gavilán, platicaban en amistosa compañía sobre cosas de que las gentes de todos los reinos se ocupan con preferencia, es decir, del prójimo y sus intimidades, cuando acertó a pasar a su vista con su tranco de tragedia y su silbido insulso y vacuo, un avestruz de largas y escamosas piernas.

No tuvo siquiera una mirada para los del corrillo, a pesar de que se le advirtió ese soslayo fugitivo de los que reparan en la presencia de quien no quiere saludar.

—Che—preguntó la lechuza al gavilán con cierta sorna intrigante,—¿por qué no te da los buenos días ese tipo de *suri?*

—Debe ser porque hace algún tiempo tuvimos cierta disputa por unos polluelos que él santa y buenamente incubaba... y... Y a ti, ¿por qué tampoco te ha caído en cuenta?

—¡Psich! Será porque yo no lo he caído en cuenta a él, y porque siempre le aventajo en la caza de los insectos de la tierra, que le gustan, y porque yo no ando por esos campos papando moscas, como él.

—Pues a mí—agregó la chuña,—que soy su parienta, juró no hablarme más en la vida, porque no quería reconocer una semejanza que le ridiculizaba, según él...

—Si así se conduce con todos los demás habitantes del bosque, pronto no va tener con quién cambiar una palabra—replicó la lechuza.

—Y así no más le sucede ya—concluyó el agraviado gavilán—porque esta laya de tontos, tan difundida en la tierra, con distintos nombres, y que no sirve sino para ser desplumada, se parece a esos políticos tercos e intransigentes, que creen punto de honra no dirigir nunca más un saludo, y menos la palabra, a las personas con quienes alguna vez han tenido una contradicción o una querella... Por eso éste anda así, sólo y silbando, porque después de tantos años de vida pública, es claro, no le ha quedado más que hacer...

LOS DOS SABIOS

Gozaba en la montañosa comarca, entre todos los animales, gran fama de discreta y parca sabiduría, un enorme asno, bastante entrado en años, cuya conducta intachable era adornada con la rara virtud del silencio. Esto lo distinguía y lo hacía simpático, entre los demás de su familia, cuyo áspero rebuzno jamás pudo alcanzar de las academias ni un modesto accésit de canto.

Por esto fué que un día, durante una asoladora peste en la región, resolvieron pedir al reputado cuadrúpedo su consejo salvador y decisivo, para poner remedio a los comunes males.

Recibiólos él con aire sonriente y bondadoso en el cual se transparentaba su acendrada modestia, y díjoles:

—El caso tiene..., como es natural..., su solución..., pero ustedes deben consultar al sabio doctor... Yo mismo les haré compañía.

Y toda la asamblea de los afligidos animales se encaminó hacia la residencia semicampestre de un afamado médico, ante cuyo saber se inclinaba todo el país, reverente y sumiso.

Paciente y magnánimo, escuchó la consulta de sus hermanos inferiores, y entonces, con palabra cariñosa e insinuante, díjoles:

—El caso, hijos míos, es de carácter tan local y tan propio de la comarca, que es preferible la opinión de algún nativo de ella. ¿No han consultado allí con alguien?

—Sí; hemos pedido el parecer de nuestro convecino más caracterizado, el asno, aquí presente, pero...

—Yo...—rumió el aludido, bajando la cabeza como ruborizado.

Y bien...

—Y bien—interrumpió un zorro viejo, con mal disimulada ironía,—es mejor volvernos a nuestro valle y defendernos con nuestros propios medios.

"Porque aquí, amigos, a lo que [discurro,
y sin querer a nadie hacer agravio,
el burro con callar quiere ser sabio,
y el sabio por no errar imita al burro."

LA ARAÑA TEJEDORA, LA MOSCA Y LA MÚSICA

En una modesta casita de campo vivía la joven maestra de la escuela rural, consagrada a las labores domésticas, al estudio de sus lecciones y, en largos ratos, después de la cena, al cultivo apasionado de la música. Solía quedarse como en sueño, en confidencia amorosa con su piano, hasta que el silencio ambiente le indicaba la hora del reposo. Era aquél un dulce templo de arte y de virtud.

Una vecina infaltable trabajaba con ella y le daba compañía tan asidua como discreta; era una araña tejedora que vivía dentro del cielorraso, y que a las primeras notas del instrumento amigo salía de su refugio y poníase a tejer las maravillosas redes de su tela impalpable, cual si quisiese reproducir en el espacio, en los tenues hilos de su filigrana, las vagas y dulces melodías y fugas de la ejecutante.

Rondaba cierta vez, en torno de la tela, con su rum-rum insidioso y áspe-

(Continúa en la pág. 34)

El Balneario Municipal no presta utilidad pública

Por Luis Pozzo Ardizzi

No es un lugar de esparcimiento para el pueblo. La Municipalidad no hace nada en favor de la gente que concurre a dicho paseo - Falta de medios de locomoción - Otros errores de importancia.

UF! ¡Qué noche sofocante!

—¡Qué calor! ¡No se puede vivir en esta ciudad!

—¿Vamos a tomar un poco de fresco?

—¿Adónde?

—Al balneario. Allí se respira...

—¡No, por favor! El otro día fuí con mi familia, y salí escamado. Cuesta un triunfo conseguir que el tranvía nos lleve. Una vez en el consabido balneario, uno es víctima de las tarifas exorbitantes que cobran por lo que se consume...

....

Este diálogo se oye en todas partes y a todas horas.

¿En verdad, el Balneario Municipal no presta utilidad pública?

Desgraciadamente es así, a pesar de los millones de pesos que ha costado a la comuna — vale decir, al pueblo, — ese balneario artificial..., donde nadie se baña...



Con sus elementos, la gente llega al balneario, pero al ver el agua tan sucia, ¿quién es el que se baña?





Tampoco esta temporada estará nuestro balneario listo para recibir al público, pues algunos bares como éste, todavía se están construyendo y sirven más de estorbo que de otra cosa

Foto Mundo Argentino (P.)

Escombros y basuras son por ahora el mejor adorno del popular paseo

¿Cuáles son las razones para que esto suceda? Muchas. En primer término, el Concejo Deliberante y el Departamento Ejecutivo de la Comuna han gastado y siguen invirtiendo dinero en ese paseo, sin criterio práctico.

Hay una serie de deficiencias que, con un poco de buena voluntad y de lógica, se podrían subsanar.

UNA MEDIDA DESACERTADA

EN primer lugar, hace pocos meses — a la entrada de la primavera, más o menos — la Municipalidad, después de una serie de consideraciones raras, llegó a la conclusión de que toda la edificación de madera — bares, atracciones, etcétera — debía desaparecer por antiestética...

Y poco tiempo después, por orden municipal, se procedió a la demolición de todas las edificaciones que se creyeron "no deseables".

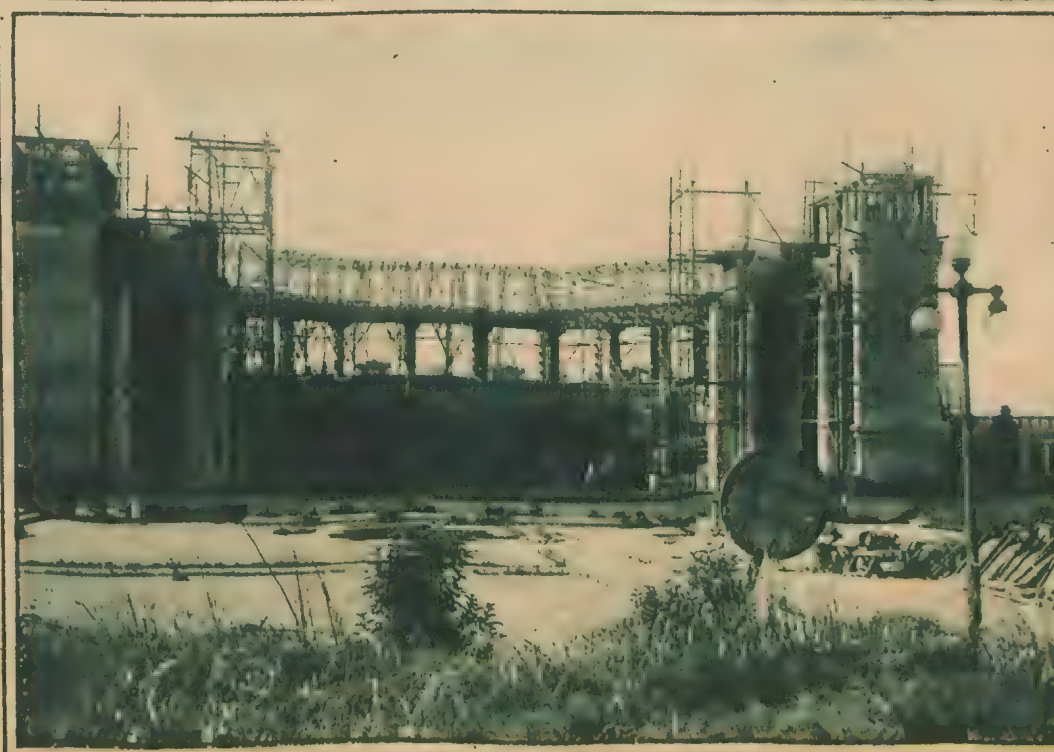
Como la temporada veraniega "se venía encima"—como se dice comúnmente—resolvióse autorizar construcciones de cemento armado a todos los que se presentaran solicitando local para instalar bares y salas de atracciones. Las construcciones se iniciaron demasiado tarde y... casi todas se encuentran ahora sin terminar...

Por su parte, la Municipalidad percibe un alquiler mensual por cada uno de los locales, y éstos pasarán a ser propiedad de la misma dentro de muy pocos años.

¿Qué beneficio obtiene el comerciante que invierte un fuerte capital en las construcciones? ¿Qué ventajas obtiene el público, si aún no se han terminado los edificios?

FALTAN MEDIOS DE LOCOMOCIÓN

DESDE que se inauguró el Balneario Municipal, y de esto hace rato ya, se dijo que era un lugar de esparcimiento destinado al pueblo. Al pueblo que no puede invertir sumas de dinero en hacer viajes hasta los puntos donde existen playas de (Continúa en la pág. 32)





¿Podría saberse en qué año se terminará el teatro del balneario? Porque lleva miras de no terminarse nunca, a pesar de los miles de pesos que ya cuesta



LAS HIJAS DEL EX REY FERNANDO de Bulgaria sufren las consecuencias del destierro de su padre, y puede decirse que han dejado de ser princesas, viviendo ahora una existencia modesta

FOTO PRESS-PHOTO



DENTRO DE POCOS DÍAS será nuestro huésped el ex rey Fernando de Bulgaria, quien viene con el propósito de realizar estudios científicos en la América del Sur, pues el ex soberano es uno de los más prestigiosos ornitólogos del mundo y miembro de sociedades de botánica y zoología

FOTO CENTRAL PRESS



ENRIQUE MUIÑO, el más popular de los cómicos de sainete, ha celebrado sus bodas de plata con el teatro nacional, siendo objeto de homenajes de simpatía por sus amigos y admiradores



MUIÑO Y LOS MIEMBROS DE SU COMPAÑÍA en la noche de la función extraordinaria en su homenaje, con Alberto Vacarezza, autor de "Juancito de la Ribera", obra con la cual ha obtenido uno de sus más sonados éxitos el aplaudido actor argentino

FOTO MUNDO ARGENTINO (G.)



PARA LOS TRABAJOS DEL CAMPO esta bataclana criolla propone que se use un vestido así, fresco, ligero y cómodo, especialmente en estos días de alta temperatura



CUALQUIERA ES DENTISTA EN CHINA. Es comun ver por las calles a uno de estos "odontólogos" extrayendo muelas por poco dinero, en medio de la curiosidad de los transeúntes

FOTO PRESS-PHOTO



ESTE BICHO RARO no es otra cosa que un mono mandril, del África occidental, cuyo raro hocico tiene los colores rojo y azul, dándole un aspecto de lo más curioso

FOTO SPORT Y GENERAL



LOS NIÑOS DE LONDRES aman a los animales y juegan con ellos en plena calle, como lo hace esta niña con un nutrido grupo de palomas tan mansas, que hasta comen de su boca

FOTO SPORT Y GENERAL



DIEZ MIL PIEDRAS DE COLORES tiene este carruaje, que se empleó en Londres, para Navidad en una pantomima en que aparecía la Cenicienta de la leyenda, aquella que perdió el zapato más chico del mundo...



AL AIRE LIBRE, teniendo como escenario la Naturaleza, la joven bailarina Myrthe Peter ensaya su "ballet" titulado "Alicia en el país de las maravillas", que será, según dice, uno de sus más sonados éxitos



EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA visitó al crucero sueco "Fylgia", que arribó a nuestro puerto, siendo agasajado por las autoridades de la nave



ESTE ES EL GUANTE que ha comenzado a usar la policía de tráfico de Copenhague. En el centro de él hay un disco metálico que refleja las luces de la calle y sirve de señal a los conductores



SIN MÁSTILES, completamente moderno, es el "Nelson", buque británico que acaba de ser botado al agua. Nótese la especie de torre blindada que le da tan raro aspecto



LAS CUATRO HERMANAS BREMER, famosas bailarinas inglesas que están actuando en uno de los principales teatros de Londres, donde sus danzas son muy festejadas



POIRET, FAMOSO MODISTO FRANCÉS, es el creador de este modelo, confeccionado con encajes y lamé, siendo en toda la espalda transparente. Es para la hora del te



DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS a los vencedores en el campeonato de tennis de la provincia, llevado al cabo en Rosario, en el que tomaron parte conocidos jugadores santafecinos



CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN del Club Náutico Rosario, se efectuó en esa ciudad una kermesse, cuyos kioscos estuvieron atendidos por estas señoritas

Photo-Press, Sport y General, Mundo Argentino (P.) y Martín.

Comentarios del cine

Por **Néstor**

"LA ALEGRÍA DEL CALLEJÓN". — Es esta una comedia interesante y amena, en la que alternan equilibradamente la nota cómica y regocijante, con el detalle sentimental que pone en todo su desarrollo un soplo de vida y un fondo de humanidad que conmueve. La historia gira alrededor de una niña huérfana, adoptada por tres camaradas: un irlandés, un italiano y un israelita, con quienes la pequeña vive feliz. Mas he aquí que las exigencias de una parienta rica, que reclama por sus derechos sobre la niña, alegando la voluntad de la madre que al fallecer se la confió a su cuidado, provoca la separación de la chica y sus padres adoptivos, lo cual da origen a un conflicto que se resuelve con el regreso de la criatura junto a sus primitivos protectores.

Shirley Mason, protagonista de la comedia, realiza una labor que está a la altura de sus antecedentes. Lo mismo Alec Francis, que, como siempre, conmueve sinceramente.

CORREO CINEMATOGRAFICO

Claire Barthelmess (Mendoza). — De Dick Barthelmess lo último que sé es que cada vez va más en serio su noviazgo con Katherine Wilson, y que su ex esposa, Mary Hay, que al separarse de Dick se casó con un millonario inglés y se fué a Singapore, en la India, ya se aburrió de aquellas lejanías y regresa a Hollywood con su inglesito, deseosa de volver a la vida de la pantalla. A Cullen Landis no podrá escribirle por un tiempo, pues se ha largado a Europa en viaje de descanso. Hasta pronto.

Una francesita (Capital). — A Conway Tearle no le conozco otro nombre que ese. Habla francés y puede escribirle a "Veverly Hilles, Hollywood, California.

Admiradora de Neil Hamilton (Capital). — Neil es americano y tiene veintiocho años cumplidos en nueve de septiembre. Está casado, pero su esposa no tiene nada que ver con el film. Puede escribirle a la "Famous Players Lasky 5451, Marathon Str., Hollywood, California".

Un librenito (Paso de los Libres). — Eso de que Gloria Swanson nació en Paso de los Libres es un cuento monumental. Lo mismo que los detalles de que es hija de brasileños y que están pidiendo la fe de bautismo de Gloria en esa localidad.

Fausto (Sunchales). — Florence Vidor nació en Houston (Texas) hace treinta y un años. Fué esposa del director King Vidor, de quien se divorció teniendo una hija. Florence a vuelto a casarse con otro director: George Fitzmaurice. Y por su parte, su ex esposo, King Vidor, se ha casado con otra actriz: Eleanor Boardman. A Florence escríbale a "Paramount Studio 5451, Marathon Str., Hollywood, California". El giro de veinticinco centavos oro, solicítelo a la Agencia American Express, Bartolomé Mitre 762, Buenos Aires.

Ivolska (Entre Ríos). — Gary Cooper es soltero. Escríbale a "Paramount Studio", cuya dirección ya doy en esta página. A "Farina" escríbale a nombre de Allan Clayton Hoskins, "Our Gangs", Hal Roach Studio, Culver City, California.

Un Mensú (Misiones). — Esos datos íntimos de Valentiño no puedo publicarlos aquí. Envíeme usted su dirección y se los daré a conocer con mucho gusto. Si "teme" confiarme la dirección indíqueme las señas a donde puedo escribirle. Me explico su pasión por los héroes del cine. Y, por lo que me dice en su carta, siento verdadero interés por contestársela. Hasta pronto.

Morochita del lunar(Chivilcoy). — William Haines, que nació en Virginia el 1º de enero de 1900, es soltero, pero anda de novio con una hermana de Irving Thalberg, el esposo de Norma Shearer.

Sapho (Rosario). — La primera película que filmó en su vida Pola Negri, creo que la hizo en Alemania, y se llamaba "Goldwin" (Vino de oro). Pola Negri está afectada del corazón y sufre de ataques, debido a su temperamento nervioso y a su extremada sensibilidad. Antes de casarse con este famoso príncipe M'Divani, sólo lo estuvo una vez, con ese conde de Dombski, de quien ya hablé alguna vez. Mándeme ese artículo. Tengo interés.

Bebita (San Francisco). — Se equivoca, Bebita. A mí no me molesta que me escriban mis lectores. Al contrario, me agrada muchísimo, ¡si para eso me pagan en "Mundo Argentino"! Y cuantas más consultas recibo, mejor. Lo único que lamento es no poder disponer de espacio suficiente para contestar en seguida a todos. Pero, con rapidez o con retardo, le aseguro que contesto siempre y a todos los que me escriben. A veces, cuando recibo consultas con dirección, apresuro la respuesta enviándola particularmente. Bueno: el esposo de June Mathis era Silvano Balboni, director.

Rosemary (Posadas). — Para Norte América salen vapores muy a menudo: cada dos semanas salen dos, uno el lunes y otro el jueves. Ese pasaje le costará alrededor de ochocientos pesos. Poro, si me acepta un consejo, (porque ya palpito lo que usted quiere hacer) permítame que le diga que lo peor que usted puede intentar, si es mujer y joven, es largarse a Hollywood para ingresar en el film En todo caso, si se va, no se olvide de escribirme desde allá. Es posible que tenga que ayudarla, y algo puedo hacer. Tengo muchos amigos, y, entre ellos, el cónsul argentino.

Nietecita Lady (Rosario). — Ronald Colman no está de novio con Lillian Gish. Lawrence Gray no es hermana de Gilda Gray. Gracias y hasta pronto.

Cremita (Olavarría). — Tiene usted razón. Lillian Gish, Dorothy Gish y Ronald Colman trabajaron juntos en "Rómola". Creo que "Beau Geste" es mejor que "Mare Nostrum". Gracias.

Queen (Capital). — La felicito por el seudónimo, cortito y elegante. ¿La mejor película para 1928? Aún no sé nada de eso. He oído hablar de "Ben Hur" como de algo maravilloso. Y parece que "Metrópolis" será el "non plus ultra". Pero también le tengo mucha fe a "El Circo", de Carlitos Chaplín, y a "La Fragata Constitución", de la Paramount, sin contar "El camino de la carne", que creo es muy buena. De los uruguayos no sé nada. Puedo enviarle; como no... Gracias.

Un curioso (Comodoro Rivadavia). — Pola Negri es polaca y de raza eslava. Lo que indican sus facciones y sus rasgos yo no puedo discutirlo. Si quiere, podemos dirigirnos en consulta a ella misma. ¡Qué le parece?

Pirata Negro (Capital). — A Virginia Lee Corbín escríbale a "First National Studios Burbank, California". A Madge Bellamy, a "Fox Studios, 1401 N. Western Ave, Hollywood, California".

Rubin (Capital). — Eso que a usted le asombra en el beso de Lila Lee, no es más que un "artificio" cinematográfico muy común. Pierda cuidado, que si eso pudiera ser "de veras" se habría cortado ese pedazo de la película y se habría filmado nuevamente.

Suave como un destello (Paraná). — Esa biografía pronto saldrá. No la he publicado aún porque "no me conviene" hacerlo. Le aseguro que ni Gloria ni Pola ni Mae les "llevan el apunte" a sus esposos respectivos. Le juro por esta cruz que hago con los pelitos de mi chiva, que no he recibido esa carta a que usted se refiere. Adiosito.

Sally Jones. — ¿Así que usted está enamorada de Buck Jones y no sabe cómo disimular su pasión delante del "otro" novio? Eso está muy mal. Es decir: usted está confundida. Su "pasión por Buck Jones no puede ser amor. El amor no se siente así nomás, a diez mil kilómetros de distancia... y por fotografía. Lo que ocurre es que a usted le gusta mucho "el tipo" de Buck y le encantan las cosas que hace, pero de ahí a que usted "lo ame" hay mucha distancia. Y en cuanto a su novio, puede decirle nomás, eso que usted siente por Buck, que no impide que usted ame de veras a otro. En cunto a la esposa de Buck, Odille Osborne, es la primera y la única hasta ahora.

Diablita mala (Capital). — La dirección de Neil Hamilton es: Paramount Studio, 5451 Marathon Str., Hollywood, California. De Paul Ellis, nuestro compatriota, no tengo noticias. Saludos.

Papillón (Mar del Plata). — Ya he dicho muchas veces que "no hay caso de penetrar en mi rinconcito". Así, pues, pícara "Papillón", no le voy a hacer el gusto, a pesar de su interesante cartita. Hasta prontito.

Federico M. (Montevideo). — Muchas gracias por us augurios. Un poco más de tiempo y verá si se cumplen mis pronósticos. Recibí sus fotos y confirmo mi anterior opinión.

Rubí (Belgrano). — Usted y "Pompón" serán complacidos muy pronto. "Ben Hur" se estrenará este año.

Seni (Cañada de Gómez). — Víctor Varconi está casado con la actriz húngara Nusi Avanyassi. Theodore Kosloff también está casado, pero creo que su esposa no actúa en la escena.

Amalita (Capital). — La dirección de Lloyd Hughes y de Milton Sills es: "First National Studio, Burbank, California".

Lirio Azul (C. Casares). — Efectivamente, William Boyd está casado con Elinor Fair, la que trabajó con él en "El Barquero del Volga". Puede escribirles en catellano a ambos a "De Mille Studio, Culver City, California". No puedo publicar eso. Pero le ayudaré a completar el álbum.

Petit Enfant (Mendoza). — Sí; Buck Jones le enviará la foto, basta que usted se la solicite a "Fox Studios, N. Western Avenue, 1401, Hollywood, California".

Atletas y Acróbatas (Capital). — Esa discusión quedará terminada y todos tendrán la razón, porque Douglas Fairbanks es atleta y acróbata a la vez.

Un Curioso (Tucumán). — Colleen Moore está casada y tiene veintinueve años cumplidos el 19 de abril. Dolores Del Río, también es casada, y nació el 3 de agosto de 1905.



¡UN NUEVO VALENTINO! Este es el actor chileno Pedro Lama, quien acaba de contratarse con la Cóndor Film para filmar una serie de películas de ambiente oriental. Observen nuestros lectores el extraordinario parecido físico que tiene con el llorado Rodolfo

FOTO CÓNDOR FILM



GRETA NISSEN, la simpática rubia, sorprendida en una escena íntima que pertenece a una de sus más interesantes comedias

FOTO PARAMOUNT

Argentino (Río Negro). — Sí: existe ese estudio, pero no creo que sea serio, pues tampoco creo que sea un estudio para hacer películas...

Aurelia P. (Rosario). — A pesar de todo, Valentino es insubstituíble. El actor que usted menciona no creo que pueda reemplazarlo. Saludos.

Valentinesco (Capital). — Lo felicito sinceramente por su interesantísima carta. Ella evidencia, amén de otras buenas cualidades suyas, una profunda admiración por Rudy y un vasto conocimiento de su obra, que yo constato muy complacido. Es posible que en alguna oportunidad reproduzca algunos de sus párrafos muy acertados, elocuentes y de honda significación. Excuso decirle que estoy de acuerdo con usted en todo.

Curioso Preguntón (Santa Fe). — Es cierto que en muchos casos los artistas envían sus retratos a quienes se los solicitan, aunque no les remitan el importe del franqueo, pero lo más seguro es enviarles este importe.

Un Rana (Junín). — Ese asunto de los divorcios entre artistas es más o menos lo mismo que ocurre en todas partes. Aquí mismo, en nuestro país, habría muchos matrimonios que se divorciarían sino fuese porque... no hay divorcio. Y eso no quiere decir que no se casen por amor. Sino que, como el amor es ciego... yerra muy a menudo, y esas equivocaciones son las que allá provocan divorcios y aquí... unas trifulcas fenomenales.

Admiradora de Ramón Novarro (Capital). — Su admirado ídolo no entrará a ningún monasterio, y si lo hace, es para volver a salir al ratito. En cuanto a los restos de ese actor, descansan en el cementerio de Los Ángeles.

PR
al C

Se inauguró en Montevideo el monumento al Gaucho





A LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO asistieron el Presidente de la República y los ministros de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina, y otros altos personajes del Gobierno



PARA HONRAR LA MEMORIA DEL GAUCHO acaba de erigírsele un monumento en Montevideo. En esta fotografía puede apreciarse el valor artístico de los bajorrelieves



AUTOR DEL MONUMENTO es el escultor José Luis Zorrilla de San Martín, quien, como se ve por este grabado, ha esculpido vigorosamente la simpática figura del gaucho

FOTO CARUSO HNOS.



PRUEBA ELOCUENTE DEL ENTUSIASMO que despertó en el pueblo uruguayo la inauguración del monumento al Gaucho es esta fotografía. Vista del público durante la ceremonia, en el cruce de las calles Constituyentes y 18 de Julio

TEMAS FEMENINOS

El ocaso de la mujer casada

Por **Noemí Ronoe**

Si el matrimonio pone sus pinceladas de desilusión en tóda alma femenina, ya que el sueño, al trocarse en realidad, sólo por obra de milagro puede ser superado, por duro que resulte el contraste para la joven casada, nunca es tan doloroso como para la esposa de cabellos grises y rostro marchito.

La juventud es un hada prodigiosa, y donde ella pega el golpecito de su vara mágica, huyen las penas y se borra el llanto.

Cuando las ocupaciones diarias, y los amigos, y el club, aminoran en el esposo la sumisa devoción del novio y ese deseo constante de acreedor a los menores caprichos de su amada, ésta, pasadas las primeras rebeldías, acompañadas, por lo general, de escenas que ella supone dramáticas y no pasan de ser grotescas, hace su composición de lugar. Se apresta a la lucha para conservar el amor de su marido, para impedir que otra se lo robe, conformándose de antemano una vez puesta en razón, con un cálido afecto y una tierna solicitud, a cambio de los arrebatos apasionados que mientras fué novia los juzgó eternos.



Joven, sana y linda — imposible no ser esto último, poseyendo juventud y salud, — la vida se le presenta bajo el más adorable de los aspectos. Ha desaparecido el interrogante que amarga la existencia de más de una muchacha: "¿Quedaré para vestir santos?"

Su marido no siempre está dispuesto a las escenas tiernas, pero cuando la besa lo hace con sincero cariño; la atiende solícito si se enferma; disfruta con ella de las vacaciones anuales se muestra satisfecho de tener una amena y graciosa compañera, y si rezonga un poco y se vuelve molesto a veces, son éstos estados pasajeros, porque él también se siente joven, fuerte y optimista, y es casi imposible no ser bueno y generoso poseyendo esos dones.

A aquella que se ha dado en llamar "mujer de su casa", la vida del hogar la absorbe paulatinamente por completo. Fuera de él, todo es secundario para ella. Los hijos, el esposo, la ropa, la alimentación, la absorben.

Y cuando los recursos no permiten tener más que un mediano servicio, o ninguno, la carga resulta pesada, abrumadora y de una aplastante monotonía para la esposa. Se avejenta rápidamente, física y espiritualmente. Ella da de sí cuanto puede para los suyos, y casi insensiblemente se entrega a un lento, pero seguro renunciamiento de sí misma.

Llega al ocaso de su vida. Si tuvo hijos, éstos se casaron en cuanto pudieron, y, poniendo en práctica aquello de que "el casado casa quiere", volaron del nido paterno.

El esposo, que se ha visto años y años rodeado del cuidado eficaz, fiel y constante de su compañera, hombre al fin, cree recompensarla espléndidamente en sus afanes cuidando los intereses necesarios a la subsistencia y no dándole mala vida. Por triste, por apagada, por irritable, a causa de su misma existencia gris, que la vea, él no le sacrificará una noche de club, ni compartirá con ella la lectura de su diario, y si van juntos a una reunión, él gustará dichoso la charla amena del elemento joven y recreará su vista en cuerpos gráciles, mientras la mujer, apartada y sola, siente alzarse en su pecho esta pregunta:

— ¿Cuál es el fruto de mis afanes, de mis energías físicas y morales, puestas al servicio de mis hijos lejanos y de este marido que a menudo parece hasta olvidarse de que lo es?

Sus fuerzas no son las mismas. Su cabeza blanquea. Una sed infinita de solicitud y comprensión ha substituído al antiguo anhelo de ardientes expresiones de su juventud. Y mientras el compañero, egoístamente, disfruta cuanto puede de las distracciones puestas a su alcance, ella ve encerrada su vida en un obscuro y torturante círculo, que repite a sus oídos con precisión dolorosa: levantarse, preparar el desayuno, el almuerzo, la cena, lavar, planchar, barrer y... ¡encontrarse sola!

PARA LOS QUE TRABAJAN

Para los que trabajan asiduamente de lunes a sábado, no hay lubrificante superior a los paseos y excursiones campestres en pleno aire, de cara al sol de invierno o en regalada sombra estival, donde la Naturaleza nos ofrece gratuitamente sus infalibles específicos.

Quien se vea acometido por el desaliento, el tedio o la pereza, con profunda aversión al trabajo, tenga por seguro que necesita más sueño, más esparcimiento y asueto, alimentación más nutritiva. Unos cuantos días de ejercicio muscular al aire libre, en plena campiña, desvanecerán las siniestras imágenes mentales que le acosaban y le devolverán la perdida fluidez de ánimo.

ORISON MARDEN

Memorias de un vigilante

Dibujo de Hohmann

Por José S. Alvarez (Fray Mocho)

José S. Alvarez, más conocido por el seudónimo de "Fray Mocho", fué un escritor eminentemente popular, de pluma colorista y aguda, que sabía sorprender tipos y costumbres de Buenos Aires y llevarlos al papel de mano maestra. Ha sido también uno de los hombres que mejor ha conocido el hampa porteña, pues fué de la policía de investigaciones durante algún tiempo y en el desempeño de sus funciones hizo gran acopio de observaciones, que luego recogió en sus "Memorias de un Vigilante", de cuyo volumen entresacamos estas páginas injustamente olvidadas.

SIEMPRE ADELANTE

EL sargento Servando Cómez era oriundo de Corrientes, y como soldado del 3º de línea, había hecho las campañas del Paraguay y del interior, a las órdenes del general Arredondo. Era, pues, un veterano como yo.

Su aprendizaje había sido rudo y tremendo; por eso en sus consejos nunca se olvidaba de incluirme éste: "mirá, si querés pasar de sargento, aprende la pluma; sin esto — y movía la mano como quien escribe — es al ñudo forcejear".

No era un hombre ilustrado ni mucho menos, pero era más educado, en la verdadera acepción del concepto, que muchos he conocido ocupando posiciones más elevadas.

Sus labios nunca se abrieron para una falsedad, ni para cometer una injusticia, y en la comisaría era como el Evangelio una afirmación que se le oyera, llegándose a decir que era hasta capaz de declarar en contra suyo si a mano venía.

Serio, grave, pocos habían visto una sonrisa en su cara angulosa, cubierta por una tez apergaminada y morena, casi negra; no obstante, era decidor y alegre en las horas de ocio, y más de una de sus aventuras, casi novelescas, entretuvieron largas horas de espera en las correrías que juntos teníamos que emprender todas las noches, ya siguiendo la pista de algún pícaro que andaba estudiando la sección, o ya buscando la de algún asesino que, después de cometer una fechoría, se nos había escapado de entre las manos.

¡Y cómo admiraba yo la sagacidad, la viveza, el fino tacto y la discreción del viejo sargento!

Cada una de sus pesquisas, a que él llamaba modestamente "trabajos", era una filigrana, y daban tentaciones de creer que tuviera pacto con el diablo, a cualquiera que, estando en el secreto del asunto, siguiera con atención sus procedimientos de investigación.

—¿Y quién le enseñó a trabajar, mi sargento? ¿Porque usted no habrá aprendido solo, supongo?

—¡No!... ¡Qué esperanza!... ¡A mí me trajeron expresamente un maestro de Inglaterra, uno de esos tigres que conocen por la cabeza a los ladrones y a los asesinos!... ¡Mis maestros, amigo, son los que deben tener ustedes..., si quieren servir para algo: los ojos, los oídos y las piernas!

—¿Y hay de esos hombres que usted dice, mi sargento?

—¡No digo que no haya, pero yo no los he visto! ¡Vez pasada, hace como diez años, trajeron uno, y se lo dieron al comisario Wright!... ¡Qué hombre del diablo ¡No sabía nada y parecía que se iba a comer el mundo! Una noche lo hicieron examinar en la comisaría a un coronel que estaba de visita, y que se había disfrazado de gaucho, y después de darle mil vueltas y de hacerle sacar la lengua y blanquear los ojos, dijo que era ladrón, asesino e incendiario.

—¡Y sería no más, pues! ¡Hay tantos diablos que parecen santos!

—¡Ave María Purísima!... ¡Si se trataba de un coronel de lo mejor!... ¡Lo que había es que, como después se supo, el sujeto era un peine de esos que no dejan ni caspa, y que era verdad que había servido en las policías de Europa..., pero de farolero!

Mi aprendizaje con el sargento Gómez lo hice pronto, y sus observaciones y los cuentos que me contaba, son la materia principal de los pocos capítulos que voy a consagrar a la gente maleante con que teníamos que bregar y a la cual recién más adelante conocí, cuando, colocado ya en altura mayor que la de simple agente de pesquisas, me fué dado penetrar en las profundidades de nuestro organismo social, estudiando casos particulares.

ENTRE LA CUEVA

BUENOS Aires encierra dos clases de pícaros: los naturales y los extranjeros.

Los primeros son pocos, relativamente, y menos peligrosos que los segundos, pues que, desde los primeros pasos, la policía los conoce y les corta las alas, ya no dejándolos al aire sino mientras llevan una vida honrada, que para ellos es la miseria, el hambre, la falta de queridas y de goces, u obligándoles a emigrar.

Montevideo, el Brasil, Europa, Méjico y la América del Norte son su salvación.

El ladrón argentino es, por lo general, astuto, audaz y emprendedor allí donde no le conocen; sus uñas le dan réditos fabulosos.

De tiempo en tiempo se le ve regresar lleno de dinero, bien vestido, y afectando maneras superiores a la clase en que nació; busca a quienes lo recuerdan en la policía, y les dice con toda franqueza:

—¡Vengo por una temporada a visitar a la familia! ¡Le prometo que no haré ningún daño!... ¡Ya me he retirado de la *vida!*... ¡No me persiga y ocúpeme en cualquier investigación!

Y después se le encuentra en las casas de juego o de prostitución, derrochando afanosamente el producto de sus *trabajos* en el extranjero.

Cuando se ha agotado el bolsillo, se le ve desaparecer como llegó: sin que nadie lo sienta.

Otros hay que, después de llevar una vida de continuo sobresalto, pues un paso en la calle es para ellos una semana de arresto, se encierran en sus guaridas, se aíslan de sus compañeros y, pasada una temporada, salen transformados, pidiendo a la policía que no los persiga y declarando que van a trabajar.

Parapetados detrás de un oficio o empleo cualquiera, se dedican al juego, haciendo de él un instrumento de robo como cualquier otro.

Viven de los *otarios*, como llaman a las víctimas que caen entre sus garras, ya por su esfuerzo o por el de los *changadores* del oficio — el gremio auxiliar más importante — que se las venden por un tanto de lo que produzcan.

Cuando un mocetón empieza a andar en malos tratos, ya los del oficio al hablar de él, dicen: "jamás será nada" o "es un muchacho de esperanzas y que irá lejos", según sea que el tal pájaro haya salido bien o mal en sus primeros revuelos. En el primer caso, no encuentra protectores y tiene que hacerse carne de cañón, soldado de la gran falange, brazo ejecutor y, por tanto, frecuentador de calabozos y abonado a la *tumba* del Departamento Central.

Estos desgraciados, cuyas entradas a la policía alcanzan a veces a centenares, son los que el vulgo toma por los más temibles, ignorando que ellos son piezas insignificantes en una partida en que los jugadores permanecen a la sombra. El ladrón hábil es aquel que sabe permanecer más desconocido; el que ascendiendo en el gremio presta dinero para los gastos preparatorios de un robo tal como un comerciante lo daría para una operación honesta; el que dirige las empresas; el que estudia un golpe y lo combina y luego lo vende para que otro lo realice; en fin, el que pesca... sin mojarse las manos.

En el segundo caso, asciende en la consideración del gremio y su tarea se facilita con ventaja personal: se hace *changador de otarios*, es decir, buscador de víctimas, empresario, director, prestamista, consejero o intermediario entre los capitalistas y grandes dignatarios de la orden y los pobres ejecutores que pagarán con el martirio de su cuerpo cualquier contrariedad de la suerte.



El pillo criollo, en sus comienzos, se revela con facilidad al ojo menos observador.

Le cuesta deshacerse de la cáscara del compadrito, origen común de todos ellos, que son generalmente muchachos de la última clase, vendedores de diarios ascendidos a carreros o sirvientes, y cuya educación e ilustración son casi nulas.

Sin embargo, ellos aprenden a leer y escribir en los meses de reclusión, y luego la emprenden con los libros de leyes, medicina, y cualquier otra ciencia útil para su arte de vivir de gorra.

He visto a un ladrón que a fuerza de leer se ha hecho un leguleyo; tiene toda la exterioridad de un hombre de educación esmerada, se expresa correctamente y no deja traslucir en su trato que, diez años atrás, era un compadrito que escupía por el colmillo y se quebraba hasta barrer el suelo con la oreja.

El pillo extranjero es el más abundante.

Este ya viene aleccionado, por lo general, y no deja que se deduzcan reglas para conocerlo.

Viste como un caballero, como un compadre o como un artesano, de esos que recorren nuestras calles en las faenas de su oficio: adopta la forma necesaria para cada una de sus empresas obscuras y malignas.

Se cambia de nombre cada vez que cae preso, y es obra de romanos identificar su personalidad en cada caso, pues recurre a cuanta artimaña puede sugerirle su imaginación a fin de ocultar su pasado, teniendo como recurso invencible su poco conocimiento del idioma.

Para probarle un hecho no hay más remedio que tomarlo con la masa en la mano; con él no valen nada la deducción ni la inducción, y se le queman los libros al más listo.

Sin embargo, no es largo su jolgorio.

Después de un período de tres o cuatro meses de hazañas — si no ha logrado salir de su mísera posición de instrumento, — la policía, que no le pierde ojo, lo pilla en un renuncio y tiene que confesar su vida y milagros, quedando en la categoría de criollo.

¡Se le acabaron sus privilegios de extranjero!

ELLAS

EL complemento del pillo es la mujer.

¡Cómo saben educarla para el fin que la necesitan, con qué egoísmo judaico explotan los tesoros de su cariño inagotable, cómo la sugestionan y la envilecen, haciéndole perder no ya el miedo para acompañarlos en sus empresas tortuosas, sino la noción elemental del bien y del mal, llegando ellas, en su obsesión por el hombre que las martiriza y las deprime, hasta a creerlo un dechado de virtudes, un ejemplo de honorabilidad, una víctima desgraciada de las injusticias sociales!

¡Cuántos poemas de ternura y de amor tienen por teatro diariamente los calabozos!

¡He visto madres que no sólo abandonan las comodidades que un hijo honorable puede proporcionarles, sino que hasta cubren de vergüenza su nombre por disimular las bajezas de uno de estos canallas que ha rodado al abismo y que les paga sus sacrificios imponiéndoles cada día otros mayores!

He visto mujeres hambrientas, casi desnudas, vender, no ya su cuerpo si algo valiera, sino lo más indispensable para su subsistencia, a fin de llevar cigarrillos o bebida a sus maridos que, cuando están fueran de la cárcel, dilapidan con otras de mala vida el dinero que pueden atrapar, y a ellas les conmpensan su abnegación con caricias que dejan sobre sus cuerpos indelebles cicatrices que no se borran jamás.

¡Son las madres, son las mujeres, son esas pobres mártires que arrastran su cruz a través del mundo — *las minas*, como ellos les llaman — las que les sirven de escudo contra los golpes de la suerte!

Pueden abandonarlos sus amigos, sus cómplices, los empresarios, por cuenta de quienes emprendieron *un trabajo*, pero ellas no les faltarán y, sacando fuerzas de la flaqueza, removerán con sus débiles brazos el mundo entero a fin de hacerles más llevadera su desgracia.

Hay que desconfiar de los testigos

Por Lucio Martínez



CADA vez que ocurre un crimen de esos que conmueven fuertemente la atención de las gentes, se impone siempre desde los primeros momentos el carácter contradictorio de las declaraciones de los testigos. Descartamos, desde luego, los casos de testigos interesados en desfigurar la verdad, cómplices conscientes, por tanto. Nos referimos exclusivamente al testimonio de personas honestas, absolutamente sinceras en lo que manifiestan y deseosas de colaborar de algún modo en el éxito feliz de las pesquisas. Esas divergencias en los testimonios plantea, por tanto, un curioso problema de psicología judicial que intentaremos resolver.

El testimonio — vale decir, la deposición de una persona que asevera haber visto u oído una cosa — es el resultado complejo de una serie de operaciones psíquicas, entre las cuales distinguiremos la "percepción" de lo visto o de lo oído; la "atención" que se ha prestado a lo mismo; la "memoria" que lo conserva y reproduce, y la "imaginación" en lo que tiene, sobre todo, de creadora. Basta el simple enunciado de los principales factores que intervienen en el testimonio, para comprender cuantas variaciones y alteraciones pueden resultar bajo la acción de circunstancias múltiples exteriores o interiores al testigo. Entre las primeras, se entrevé fácilmente la influencia que deben ejercer la naturaleza del suceso, su duración, su sencillez mayor o menor, su repetición, etcétera. Es mucho más fácil dar detalles exactos de un asesinato simple, en el cual han intervenido dos personas, que de un asalto cinematográfico con muchos personajes, persecuciones y peripecias. Pero, con ser importantes, las condiciones exteriores al testigo no son las más graves. Influyen, y mucho más, la edad del deponente, su sexo, su nivel intelectual, el conjunto de sus cualidades y aptitudes psíquicas, el estado de su emotividad en el momento de la observación de los hechos, y luego, en el momento de declarar, los factores sucesivos de sugestión que pueden hacer aparecer en el testigo convicciones parásitas.

Un gran psicólogo francés, Alfredo Binet, inauguró por eso hace ya muchos años el estudio científico del testimonio, abordando el problema con criterio experimental. Sometía, para eso, a un grupo de personas que servían de testigos, la observación de determinados objetos, imágenes, lecturas, cintas de cinematógrafo, etc., y hacía luego declarar a los testigos el relato minucioso de lo ocurrido. Quedaba luego a comprobar la verdad del testimonio por la simple confrontación del relato y del objeto. El tiempo de presentación del objeto variaba de manera de anotar la influencia que pudiera tener la duración del suceso. El intervalo de tiempo transcurrido entre la presentación del objeto y la deposición del testigo permite apreciar la influencia del tiempo sobre la extensión y seguridad de la declaración. Y quedaba, finalmente, una última experiencia: unas veces, el testigo declaraba libremente, y otras, era interrogado. En el primer caso, se ponía en juego la personalidad del sujeto sin complicaciones extrañas; en el segundo, podían medirse las influencias de la sugestión en lo que Binet llamaba la "memoria forzada": el sujeto se halla obligado a escoger entre ciertas preguntas que lo empujan a contestar por sí o por no.

Tales investigaciones, imposibles de exponer en detalle, demuestran que cada objeto o suceso tiene una carga variable de interés, es decir, que hay algunos que pueden ser más capaces que otros para provocar un testimonio justo. Y esa carga de interés varía, naturalmente, de acuerdo con la atención que el testigo les acuerda. Sobre veinticinco personas que entran en una pieza, apenas tres disciernen el color del papel... Imagínese por eso sólo cuán difícil es a veces poner de acuerdo a muchas personas sobre si un hombre llevaba traje azul o negro, gorra o sombrero, zapatos o botines. El testimonio exacto, fiel, ajustado a la realidad, es rarísimo. Puede decirse, en líneas generales, que todo testimonio es infiel porque contiene lagunas y agregados y porque está alterado por transformaciones, falsificaciones que son otras tantas fuentes de error. La seguridad del testigo no es ninguna garantía, y se ha notado que si a medida que pasan los días la fidelidad del testimonio disminuye, aumenta, en cambio, la tendencia al juramento.

Entre todos los motivos de errores, parece ser el más temible la emoción, cuya acción disolvente sobre los recuerdos y el razonamiento es bien conocida desde hace mucho tiempo. La fórmula de los códigos que obliga al testigo a jurar sobre los Evangelios de que dirá "toda la verdad y nada más que la verdad", está, por tanto, en desacuerdo completo con los resultados del estudio científico del testimonio. El derecho romano, mucho menos exigente, preguntaba al testigo no si sabía, sino si pensaba haber visto tal o cual cosa: "non scire, sed arbitrari"...

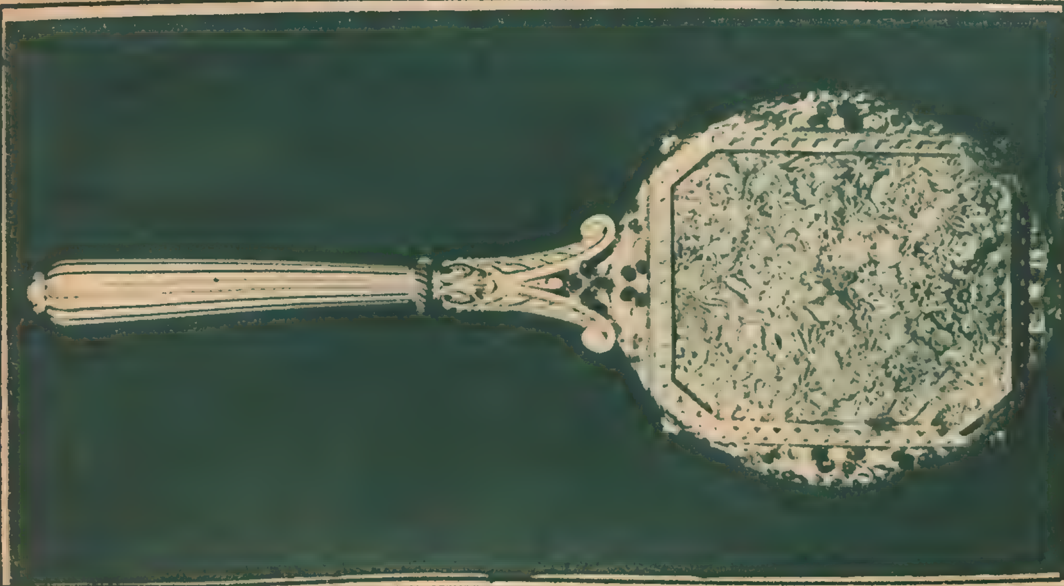
LA ESCLAVITUD

No acaba la humanidad de ser libre. Ha tenido amos durante tantos siglos, que aún necesita del amo. Derribados los espesos muros de su prisión, todavía la aprisiona el recuerdo. Todavía la impiden caminar los grillos ausentes. El aire puro la ahoga. El infinito azul la desvanece. La libertad es también un yugo para ella. Llevamos en el alma la marca ardiente de una esclavitud: el miedo. Nerón encontraría hoy un trono y Atila un caballo, porque los hombres tienen miedo.

RAFAEL BARRETT.

Notas gráficas de la Rusia soviética





CIRCOS AMBULANTES recorren los pueblos de Rusia haciendo propaganda a favor del Soviet, especialmente por medio de "ballets" simbólicos, como este que representa a la India arrancada por un cosaco de las manos de John Bull, para independizarla



TAMBIÉN ESTE RELOJ era de la zarina y fué puesto en subasta pública. Lo hizo el famoso joyero Fabergé

MAGNÍFICO ESPEJO DE MANO que perteneció a la zarina de Rusia y que el Soviet ha hecho rematar en Londres. Es de oro, con ornamentaciones de diamantes, rubíes y zafiros



AL IV CONGRESO DE LOS SOVIETS que se efectuó en Moscú, concurrieron delegados masculinos y femeninos de Ukrania y Turkmenistan y otros pueblos del Asia



SUNTUOSO COFRE que asimismo perteneció a la zarina y acaba de ser vendido en Londres, a beneficio del fondo del Soviet. Se trata de una verdadera joya artística

Una madre "a la moda"

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 7)

sol mañanero, otoñal. La casita se encanta, como jaula con pájaros, con el griterio de media docena de chiquilines. La madre, a veces, asoma la cara y medio cuerpo envuelto en una gran pañoleta de lana tejida, para chistar, reclamando silencio, y vuelve hacia la penumbra de la pieza, donde, con tres vecinas, conversa en voz apagada, contemplando sobre la cuna al angelito a quien la luz de una vela embadurna de amarillo la carita aplastada en la almohada.

—No ha venido nadie todavía...—repite la mujerona.

—Ni vendrán...—sentencia una vecina.

—Parece mentira... —suspira otra.

—¡Qué cosas se ven en este mundo, Señor!... —exclama la mujerona. Y alza los ojos hacia una estampa en colores que sobre el testero de su gran cama matrimonial derrama flores ilusorias por las dos manos fraternalmente abiertas de un Jesucristo rubio de pupilas azules.

Los muchachos alegres como el sol, abandonan el patio y se apelotonan en la puerta de calle. Se ha detenido frente a ella un furgón lujoso, lleno de letras doradas, y de su trasera comienzan dos hombres, vestidos de negro, a bajar grandes hachones de bronce, candelabros que rebrillan, bancos de lustradas maderas y un cajoncito de roble con unas manijillas plateadas, preciosas.

Uno de los chiquilines palmoteó de puro contento. Los otros, brincando, se echaron sobre el furgón y los hombres como para arrebatarles todas aquellas nunca vistas chucherías funerarias. Los hombres debieron espantarlos con ademanes de dar pescozones y malas palabras...

Ya estaba el cuarto convertido en capilla y el nene muerto metido en su caja de roble con manijas plateadas, los cuatro candelabros encendidos y un profundo y desagradable olor a flores percudido de drogas, cuando llegó Julito a la casa. Miró un instante la carita insignificante del nene, y apartándose con la mujerona, le dijo:

—Van a ser las once. Lo velaremos, si usted quiere, hasta las cuatro y lo llevaremos a esa hora...

La mujer iba a abrir la boca, cuando Julito agregó:

—Bueno; convenido. Lo llevaremos a las cuatro... La señora no podrá venir porque se siente mal... No ha podido levantarse... ¡Claro! La noticia, ¿sabe?...

Y Julito se fué, para volver a las cuatro. En la pieza hubo un revuelo de faldas vecinales y un agrupamiento de chiquilines inquietos. La mujerona se echó a llorar, desconsolada, frente al nene muerto. La "carbonera", una viejecita flaca y arrugada, con los ojillos enrojecidos y la boca sumida bajo el gancho de la nariz, púsose a maldecir de aquella "señora" que no venía a ver a su hijo por última vez, en un chapurreo de palabras italianas y arrabaleras. Una muchacha recién casada, que aún se relamía los besos de su "luna", le dió la razón a la carbonera, reforzando sus exclamaciones con tres o cuatro zafadurías que la vieja, en su indignación, olvidaba decir. Y otra vecina, por no saber qué hacer, afirmaba con cabezazos y lloraba despaciosamente.

A las cuatro apareció Julito otra vez en la casa, la cabezota hecha un pringue. Al rato, golpearon los adoquines nuevos de la calle diez y seis herraduras y rodó un carromato, empenachado de blanco, "servicio de primera". Detrás se aparecieron los cupés con unos hombrecitos engalerados en los pescantes.

Para sacar el cajoncito de la pieza y meterlo en el fúnebre se prestaron de buena gana dos muchachones vecinos, Julito y el marido de la mujerona, que hubo que traer del almacén de la esquina, donde narraba por milésima vez la historia fantástica de la madre de aquel chico que "él criaba" y había "muerto en sus brazos"...

Cuando el carromato partió, entre un redoble de cascos, los vecinos de toda la cuadra secaron una lágrima de sus ojos. El arrabal, con su calle flamante, asombrado e indignado por aquel "servicio fúnegre de primera", mezclaba palabras afiladas como agujas con otras suavizadas en óleos de pesadumbre. El sol, ya menos alegre, había levantado su manto de los adoquines, coleando en paredes y tejados, como una gran pandorga que el mundo remontaba hacia el horizonte, como una cometa de papel de seda roja, joyante...

IV

EN el parque, sobre la costa del río, diez mesillas blanqueaban bajo la sombra espesa de unos sauces. Al obscurecer, una serie de diminutas lamparillas de colores marcaron puntos eléctricos entre las sombras y sobre las mesas. Los grupos animaban su conversación de vaciedad social entre un esfuerzo sostenido para reír sin ganas. Iban y venían los mozos, bandeja al brazo, sacudiendo las colas de sus fracs alquilones. Una pareja se corrió hacia la costa, charlando en voz baja. Al llegar, después de la escalinata última, a poner los pies sobre la blandura esponjosa de la orilla, quedaron ambos contemplando el sol, en ocaso.

Él dijo:

—Dígame si le agrada esta frase que se asemeja a las que usan ahora los poetas de última moda.

Ella respondió:

—A ver, señor poeta.

—Oiga. El sol semeja una torta acaramelada en un horizonte de granadina...

—Me agradan más, para eso, los poetas antiguos...

—Esto me ha salido "de confitería". ¿Verdad, Nelly?

—De caramelero...

Escucharon risas sofocadas. Volviéronse. Otra pareja corrió delante de ellos hacia la sombra propicia de los sauces. Todos dejaron a sus espaldas el sol.

El lenguaje del paraguas

EL paraguas, lo mismo que las flores, tiene su lenguaje. Un periódico inglés lo publica y nosotros nos limitamos a traducirlo:

Si, por ejemplo, se pone el paraguas en un paragüero, suele indicarse que va a cambiar de dueño.

Abrirlo bruscamente en la calle, indica que corre peligro algún ojo de cualquier transeúnte.

Cerrarlo de pronto, es señal de que van a estropear uno o dos sombreros.

Cuando una mujer lleva un paraguas abierto y va a su lado un hombre recibiendo todas las gotas de agua que caen de las varillas, significa galantería.

Cuando es el hombre quien lleva el paraguas y la mujer la que se moja, indica matrimonio.

Arrastrar el paraguas según se va andando, indica que puede tropezar quien va detrás.

Poner un paraguas de algodón junto a uno de seda, quiere decir: "Cambiar no es robar."

Prestar un paraguas es lo mismo que declarar: "Soy tonto."

Devolver un paraguas significa... No sabes lo que significa, porque nadie hace semejante cosa.

Llevar el paraguas enfundado quiere indicar que está roto o rosillo.

Cubrir a un amigo con la mitad del paraguas, es prueba de que se van a mojar dos personas.

Sacar el paraguas por la mañana, es señal inequívoca de que va ha hacer un día magnífico.

Higiene y superstición. Poco podrán hacer las ligas antituberculosas en países donde las prácticas supersticiosas establecen que la saliva es el mejor remedio contra el daño. Así, por ejemplo, en la antigüedad se escupía sobre los recién nacidos para librarlos de enfermedades. Los campesinos de Irlanda continúan hoy con esa sucia costumbre. Cuando un paciente está mejor de sus dolencias en Kent, se dice que ha escupido en sus manos. En Alemania se escupe tres veces seguidas después de haber pasado un susto, y en Bohemia se hace la misma operación siempre que se encuentre una vieja al paso. Cuando en Córcega se alaba la belleza de un niño sin pasarle abundante saliva por la cara, se dice que está expuesto a encantamiento. En Berlín se escupe detrás de las personas que no son gratas, y así podrían señalarse numerosos casos en que la ignorancia de las gentes conspira contra todas las previsiones de la higiene en bien de la humanidad.

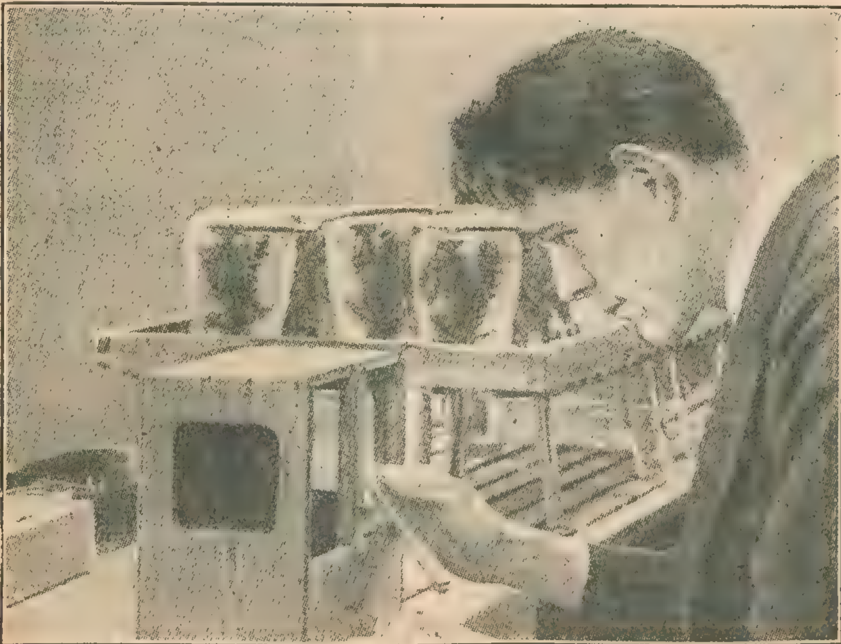
¿Sabe usted...

dónde la saliva se prodiga como elemento de buena suerte y de salud?
— que los fastuosos monarcas de la India son de pura apariencia?
— por qué se casan más las viudas que los viudos?
— la manera cómo se evitan hurtos en las minas de diamante?
— el pésimo resultado dado por el uso de las medias negras?

En Noruega nadie puede cortar un árbol si no planta tres iguales en su lugar.

En Francia hay un ingeniero que fabrica casas completas y las envía en automóvil a donde se le pida.. Son, eso sí, casitas pequeñas de dos pisos y con sólo cuatro habitaciones aparte de la escalera. Una de las habitaciones es cocina, y la casa tiene también su instalación de calefacción. La altura de toda la casita es de cinco metros. El precio medio, sin contar los gastos de transporte, es de cuatro mil francos.

Sabido es que los callos y otras enfermedades de los pies son debidas a diferentes causas. Una de ellas consiste en el uso de medias negras. El noventa y nueve por ciento de las personas que sufren esta molestia la atribuyen al zapatero cuando todo se debe al color de las medias. El negro no absorbe la transpiración y la humedad del pie conservada por mucho tiempo trae los callos y endurecimientos. A ser cierta la teoría no habrá ya más necesidad de pedicuros, pues las nuevas generaciones desconocerán el martirio de los callos puesto que ya nadie usa medias negras.



En el Instituto de Rothamstead (Inglaterra) se viene criando una especie de insecto que es especial para la agricultura, pues ataca a las otras clases que son dañinas a los sembrados y hace las veces de policía agrícola. Aquí tenemos a un miembro del mencionado instituto observando a los insectos amigos de los agricultores. Gran cantidad de esos animalitos se envían a Nueva Zelandia, donde la agricultura es atacada por muchos insectos destructores.

Los obreros indígenas que trabajan en las minas de diamantes sudafricanas no pueden salir de los dominios de las compañías, cercados de altas empalizadas, ni comunicarse con nadie de afuera, durante cuatro meses, al cabo de los cuales quedan cinco días en un recinto especial, sometidos a purgantes. Tales precauciones tienen por objeto evitar el hurto de diamantes.

La región del delta del Ganges, llamada Sanderban, es un inmenso laberinto de islas e islotes, entre los cuales sólo se puede ir en bote pequeño, abriendo camino entre los juncales y los macizos de enredaderas. Existen grandes ruinas que demuestran que la región estuvo habitada antes de la llegada de los europeos, y hasta que existieron ciudades, de las cuales, ni el nombre se recuerda.

Según aseguran los naturalistas la boca de los caracoles es una maravilla de la naturaleza; tienen estos animalitos treinta mil dientes y antes que se haya caído el último ya cuentan con otra nueva dentadura.

Las energías gastadas por un hombre en su trabajo dan la medida del alimento que necesita, y para ello se toma como unidad la caloría o sea el calor que se necesita para elevar la temperatura de un litro de agua de los quince á los diez y seis grados centígrados. El trabajador sedentario necesita para vivir de cuatrocientas a seiscientas calorías y este número va aumentando hasta dos mil, a medida que aumenta la rudeza y la violencia del trabajo.

En la India se reconocen solamente tres estaciones: la cálida, la de lluvias y la fría. Durante la primera, llamada también de los vientos calientes, las casas de los europeos permanecen abiertas durante toda la noche. En cuanto sale el sol son cuidadosamente cerradas, y nadie se atreve a salir al exterior.

En todos los decretos firmados por el presidente de los Estados Unidos, se menciona el año calendario y el de la Independencia del país. Por ejemplo: año mil novecientos veintisiete del Señor y ciento cincuenta y uno de la Independencia.

La proporción de viudas de veinticinco a cuarenta años que se vuelven a casar es de veinticinco por ciento, y sólo alcanzan a siete por ciento entre los viudos de la misma edad. Parece, pues, probarse con esto que las mujeres tiene más desarrollado el espíritu de sacrificio que los hombres, pues el matrimonio es cadena solamente para ella.

"La Marsellesa", compuesta en Estrasburgo, fué titulada por su autor "Canción de guerra para el ejército del Rhin"; pero tomó el nombre que hoy conserva, porque la cantaba el batallón de marselleses llegado a París en 1792. "La Marsellesa — decía Napoleón — ha sido el mejor general de la República: son inauditos los milagros que ha realizado."

La primera cosecha

(CONTINUACIÓN DE LA PAGINA 13)

—Sí, está—contestó el muchacho, mirando el rostro cetrino y los ojos negros del paisano.

Más tarde lo vió conversando con la hija mayor del chacarero, y luego, dando vueltas entre las sombras, los sorprendió besándose.

—Ahora se la llevará en ancas—pensó.—Como todos los gauchos, se la llevará en ancas...

Y se tiró entre el rastrojo cerca del camino para presenciar la huída.

Cuando se levantó, el sol le picaba en la espalda; miró hacia la casa y vió un policía hablando con sus compañeros. Parecía reinar gran confusión en ella. Apenas se hubo puesto de pie, todos lo señalaron con el dedo, y el representante de la autoridad corrió hacia él.

—¡Date preso!—gritó.—Y añadió en el acto, tomándolo de un hombro:—¡Vean qué miseria capaz de matar a un hombre!...

—Yo no hice nada—exclamó el muchacho, temblando de miedo.

—Todos los bandidos dicen lo mismo! ¿Dónde has estado anoche?

—Aquí, señor.

—¡Ajá! Muy bien. Sos nuevito vos. ¿Qu'es lo que hacías?

José Ramón tartamudeó, sentía una especie de rubor confesar su curiodad.

—¡Hablá! No t'empaqués ahora. ¿A qué has venido aquí?

—Para verlos pasar, señor.—Y casi con alegría preguntó.—¿Huyeron, no?

Por los ojos del sargento pasó un chispazo de sagacidad policial.

—Eso quiere decir que la cosa fué entre varios. Muy bien... ¡Vamos!

Lo llevó arrastrándolo hasta la casa; hizo levantar un lienzo que cubría un bulto en el suelo y le mostró un cadáver.

—¿Lo conocés?

El muchacho echóse hacia atrás, espantado, y cortando la frase, dijo:

—Es él... Anoche lo vi.... cuando llegó.

—¿Y por qué mataste al turco? ¿Qué te hizo? Te conviene decir la verdad...

—Yo no lo maté, señor... ¡Se lo juro!

Entonces le mostraron su cuchillo de cabo blanco que hallaron clavado en la espalda del cadáver.

—Y este cuchillo?

—Es mío.

Todos quedaron convencidos que él era el asesino.

Inmediatamente el sargento le puso las esposas.

El chacarero ensilló un caballo y lo subieron en él; después, con un maneador que pasaron por debajo de la barriga del animal, le ataron las piernas a la altura del tobillo, sin hacer caso de sus súplicas ni de sus protestas de inocencia.

El muchacho ahora lloraba y juraba; hacía las dos cosas a un tiempo.

El sargento montó a caballo y echó el que llevaba el preso por delante.

Aun cuando el prisionero no podía ir más seguro, advertíale:

—¡En cuanto quieras disparar, te pego un tiro!

Peones y campesinos los vieron partir sin decir una palabra.

Los compañeros dejaron que se lo llevaran, sin querer acompañarlo.

Cuando llevaban andada una legua, José Ramón se volvió para preguntar al sargento.

—¿El muerto era turco, señor?

—¡Claro, pues! ¿Por qué lo mataste?

—Yo no lo maté.

Y la nacionalidad del muerto fué la única preocupación del muchacho durante un trayecto de doce leguas.

Los gauchos del campo no eran argentinos, ni siquiera americanos; eran turcos.

Fué absuelto por falta de pruebas y porque, en realidad, era inocente.

Cuando salió de la cárcel, había terminado la cosecha.

LA VIDA EN BROMA

Seguros de vida

Por **José M. Braña**

De compañeros de pieza en "La Cama Limpia", Sérvulo Nail y Roque Peletier pasaron a ser amigos entrañables. Cimentó su amistad un hecho trivial: un préstamo de cinco pesos que Peletier hizo a Nail y que éste canceló religiosamente. Pero, como había que sellar mejor aquella incipiente amistad, un día acordaron asegurar su vida en "La Vida Eterna" en diez mil pesos cada uno. Nail lo hizo a favor de Peletier y éste a favor de aquél. De este modo, el día que uno de los dos muriese — siempre que no muriese por su propia mano, — el otro cobraría la prima del seguro y remediaría su situación de mísero empleado.

Las cosas marcharon bien algún tiempo. Pero, como no hay nada perdurable sobre la faz del mundo, cuando menos se lo esperaban, por un quítame allá esas pajas, Nail y Peletier se enemistaron.

Fué la suya una enemistad rencorosa, agresiva. No podían verse ni en pintura.



Y COMO EN TODAS LAS BATALLAS, TRIUNFARON, NO LOS QUE TENÍAN RAZÓN, SINO LOS MÁS FUERTES...

Para evitar el irse a las manos involuntariamente, se separaron, yendo Roque Peletier a compartir la pieza de otro compañero de hospedaje.

Los huéspedes de "La Cama Limpia", que se habían dividido en dos bandos, uno que apoyaba la eterna cordialidad de los dos amigos y otro que no vaticinaba a ésta más que un breve plazo, libraron una batalla. Y como en todas las batallas, triunfaron, no los que tenían razón, sino los más fuertes, y los más fuertes fueron los que sostenían la eterna cordialidad de los dos amigos...

A partir de la hora de su enemistad, Peletier y Nail empezaron a vigilarse. Uno y otro se desearon la muerte, cuanto más trágica mejor. Cuando cualquiera de ellos tardaba más de lo natural en regresar, el otro hacía votos porque lo hubiera reventado un ómnibus, para poder así cobrar el dichoso seguro. Pero los ómnibus, como confabulados contra los dos ex amigos, se cuidaban muy bien de atropellarlos.

Menos rencoroso o menos ambicioso — nadie pudo explicarse el enigma, — Roque Peletier dejó bien pronto de vigilar a Nail, y hasta pareció olvidarse de la terrible cláusula del seguro. Pero Nail, presa de aquella obsesión de hacerse rico a costa de la vida de su ex amigo, no vivía tranquilo. La buena salud de Peletier era como un castigo para él.

Un día, sin embargo, su corazón tuvo un estremecimiento de felicidad. Éste fué provocado por la súbita aparición de Roque, que venía como agobiado por una inquietud profunda y terrible. Al verlo llegar así, corrió al encuentro de su patrona e inquirió, anhelante, qué le ocurría a su ex amigo.

— ¡Ah! Pero ¿no lo sabe usted? Pues le ocurre algo muy grave. Ha malversado un dinero, y está que ni oye de desesperación. O mucho me equivoco o acaba ingiriendo una dosis de cianuro.

Nail pegó un salto que, dado en la pista de un circo, pudo pasar por mortal. ¿Suicidarse Roque Peletier? Eso no era posible. Sería su más grande dolor ya, que entonces, comprobada su muerte intencional, "La Vida Eterna" quedaba eximida del pago de la prima.

Pero Peletier no se suicidó. Y Nail dió gracias al cielo porque había escuchado sus ruegos. Volvió el rostro de Peletier a adquirir la lozanía de otrora y engordó más de lo natural. Se puso, en fin, que no había que contar por mucho tiempo con que se muriera. Esto desesperó a Nail.

Su novia, escamada de que fuese postergando la hora del enlace indefinidamente, empezó a recriminarle:

— Hace tres años que debimos casarnos. En estos tres años has postergado la boda de un mes para el siguiente. No hace mucho, a punto de realizarse el casamiento, lo postergaste de nuevo. Ahora insistes en seguir postergándolo. Vamos a ver ¿qué te propones?

Sérvulo Nail se defendía:

— Espera un poco más, Juanita, que nunca es tarde cuando la dicha es buena. Estoy esperando reunir el dinero necesario para ponerte una casa chiche como te mereces. Te juro que no te engaño.

Y siguió pasando más tiempo. Juanita se cansó de esperar "a que reuniera el dinero suficiente", y le anunció que rescindía su compromiso con él para casarse con otro. Y este otro, ¡oh casualidad!, ¡oh fatalidad!, ¡oh ironía del destino!, ¡era nada menos que Roque Peletier!

Cuando Nail lo supo, notó que esa víscera inquieta que tenía dentro del pecho se le comprimía y se sintió ahogarse. Cuando acudieron en su auxilio, ya había dejado de pertenecer a este pícaro mundo. El médico de policía certificó su fallecimiento, atribuyéndolo a un síncope cardíaco.

Y Peletier, al enterarse de la muerte de su ex amigo, tuvo estas solas palabras.

— ¡Pobre Sérvulo! Su muerte me apena profundamente. Me hubiera alegrado hace dos años, cuando "La Vida Eterna" aún no se había fundido...

¿Está Vd. en condiciones de desempeñar un buen puesto?



Llene y mándenos este cupón y recibirá folleto explicativo de las profesiones que enseñamos **por correo.**

Usted estudia en su casa con los libros que le entregaremos y envía los ejercicios **por correo** para que nuestros profesores se los corrijan.

CONTADOR MERCANTIL
TENEDOR DE LIBROS
CALIGRAFIA
CHAUFFEUR
CONSTRUCTOR
ELECTRICISTA
MECANICO
DIBUJANTE
MAQUINISTA
CONDUCTOR DE MOTORES AGRICOLAS
ARITMETICA
TAQUIGRAFIA
ORTOGRAFIA, etc.

Regalamos a los alumnos: papeles, sobres, libros de estudio, diploma al terminar, etc.

GARANTIA: Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio. A esta garantía, que cumplimos fielmente, y a la bondad de nuestra enseñanza, debemos la gran prosperidad alcanzada por esta Institución.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
de enseñanza por correo
Fundador: P. C. Ryan, Bachiller y Contador Nacional
1059, LAVALLE, 1059 - Buenos Aires

Nombre ....

Dirección ....

Localidad .... M. A.

MADRES

Cuando su niño grita

en noventa casos sobre cien es debido a algún trastorno digestivo

El Agua Tónico-Digestiva de Woodward (Gripe Water)

sin narcóticos y drogas peligrosas, es el remedio casero indicado en todos los casos de indisposiciones de la infancia, que provengan, directa o indirectamente de perturbaciones digestivas.

EL AGUA TÓNICO-DIGESTIVA DE WOODWARD puede darse sin peligro a los niños recién nacidos y presta los más importantes servicios en los críticos períodos del destete y de la dentición.

Pida hoy mismo el folletito "Quince Recomendaciones a las Madres", que remitimos

GRATIS

Sres. P. Soldati & Cía., Rivadavia 2284.
Buenos Aires.

Sírvanse remitirme el folleto "Quince Recomendaciones a las Madres".

Nombre ....

Dirección ....
M. A. (Escríbase con claridad)

COMPRE

Don Goyo

le interesará a Vd.
y toda su familia.

TODOS LOS MARTES
20 CENTAVOS

GRATIS

y libre de porte remitimos folletos instructivos, interesantes y sumamente útiles a toda persona preocupada en cuidar de su salud.

Sírvase indicarnos su dolencia y enviarnos el cupón adjunto.

Sres. P. Soldati & Cía.
Rivadavia 2284 - Bs. Aires

Sírvanse remitirme un folleto que trata de

....

Nombre ....

Dirección ....
(Escríbase con claridad)

HAGASE APTO PARA EL MATRIMONIO

Es un crimen casarse cuando se sabe que no se está capacitado físicamente. Esa niña pura está cegada por el amor que usted le inspira y no ve sus deficiencias. Ella le cree a usted un Príncipe entre los hombres; el ideal de masculinidad vigorosa. Ella se lo imagina como un ejemplar esposo y padre de sus hijos. Y usted sabe que nada de eso es cierto, que usted no está preparado. ¡Oh, no se atreva a casarse en su actual condición física! El futuro se le presentará tenebroso, triste... Pero, ¡ANIMESE! Yo le brindo mi mano de amigo. Yo quiero ayudarle. Yo PUEDO ayudarle.



El Hombre Perfecto

STRONGFORTISMO

La Ciencia de la Salud y de la Fuerza

El STRONGFORTISMO ha sacado a millares de hombres débiles, adoloridos, impotentes y desanimados del pantano de la desesperación y los ha colocado en el recto camino de la Salud. El STRONGFORTISMO ha ayudado a vencer males como Catarro, Estreñimiento, Indigestión, Nerviosidad, Sangre impura, Pérdidas Vitales y los resultados de los abusos y abandono del cuerpo.

El STRONGFORTISMO ha restaurado a millares de hombres el vigor y los ánimos que creyeron perdidos para siempre, y les ha renovado la fe en sí mismos: les ha dado nueva vitalidad: les ha inspirado ambición y los ha capacitado para la responsabilidad del matrimonio. Yo puedo hacer lo mismo por usted. ¡Déjeme probárselo!

Pídame MI LIBRO GRATIS

"Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental", el cual le dirá francamente cómo puede usted mismo convertirse en un vigoroso ejemplar de masculinidad. Es completamente GRATIS. Envíe por su ejemplar HOY. Escríbame diciéndome con franqueza los males que lo aquejan.

INSTITUTO LIONEL STRONGFORT

Especialista en Cultura Física por 27 años

CONSULTA GRATIS Y CONFIDENCIAL
Instituto Strongfort, Dept. 8152
Newark, N. J., E. U. A.

Sírvase enviarme completamente gratis el libro **"Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental,"** para cuyo franqueo le envío en moneda de mi país, el equivalente de 10 cts. moneda americana. (Puede enviarlos en sellos de correos de su país.) He marcado con una X las materias en que estoy interesado.

......Catarro
......Hernia
......Obesidad
......Reumatismo
......Nerviosidad
......Estreñimiento
......Respiración corta
......Pulmones débiles
......Vicios secretos
......Recuperación de virilidad
......Mayor altura

Nombre..
Edad..................Calle o Box..................
Ciudad..................País..................

El triste idilio del "hombre de goma"

Por **Jorge Viñas**

LOS grandes circos norteamericanos son como ciudades ambulantes. Cientos de personas viajan en ellos con sus familias y sus enseres domésticos: cientos de animales, entre los usados para arrastrar los carromatos, y las fieras que forman los grandes números de atracción, tienden a complicar aun más la vida de esa ciudad movible, bulliciosa y pintoresca.

Y esas ciudades extrañas, que de la noche a la mañana aparecen en Boston, y pocos días después se las ve levantarse, con sus gigantescas carpas, en las inmediaciones de Chicago o Nueva York, son también mundos extraños. Lo son porque los saltimbanquis que las forman vienen de mucho tiempo perteneciendo al circo, al mundo del circo. Hay acróbatas que recibieron ese oficio de sus padres; éstos de los abuelos, y así, de generación en generación, han ido haciendo las mismas piruetas, y sobre todo, perteneciendo en cuerpo y alma al circo.



ESTIRABA SU BRAZO VEINTE CENTÍMETROS...

La historia que vamos a relatar aconteció en el circo más grande y más famoso del mundo: el de los hermanos Ringling. Sus personajes, aunque de carne y hueso, no son semejantes a los que diariamente vemos. Son seres especiales, que, por un capricho de la naturaleza, o por voluntad propia, se han visto transformados en verdaderos fenómenos.

Y los "fenómenos" forman parte, en los grandes circos yanquis, de un espectáculo atrayente y novedoso. Se exhiben antes, después y durante los intervalos de la función. Por unos centavos, pagados extra se puede contemplar "la mujer más gorda del mundo", "el hombre más pequeño existente", "la reina del tatuaje" y "el hombre de goma". De todos estos fenómenos, y el que más interesa al público, y que mayor interés debe despertar en nuestro lectores, es "el hombre de goma".

"El hombre de goma" del circo Ringling tenía la inexplicable propiedad de estirar el pescuezo hasta veintidós centímetros más de lo natural. También estiraba los brazos y las piernas. Pero ese cuello flexible y telescópico como el de una girafa hacía la delicia de los chicos y grandes que, previo pago de unos centavos extra, pasaban a "ver los fenómenos".



"La reina del tatuaje", señorita Artorio

"El hombre de goma", señor Henri, tuvo el buen gusto, pero la mala suerte, de enamorarse de la señorita Artorio, "la reina del tatuaje". Este amor, que desde el primer momento se insinuó como una tragedia, se debió, según lo explican oportunamente las gentes del circo, a la incomprensión de los personajes. Henri era, por nacimiento y vocación, hombre de circo. Llevaba el alma del circo metida dentro de su propia alma. La señorita Artorio era una improvisada. Se dedicó al circo cuando ya había cumplido los veinte años. Cansada de ganar poco dinero como mecanógrafa, aceptó la idea que una amiga le había sugerido oportunamente. La señorita Artorio tenía tatuada en un antebrazo una mariposa.

—¿Por qué no te haces tatuar todo el cuerpo? —le dijo la amiga. —Tú tienes un cuerpo escultural, que completamente tatuado sería maravilloso.

El profesor en tatuaje, señor Wágner, trabajó dos meses en el bello cuerpo de la señorita Artorio. Le cobró ciento cincuenta dólares, y realizó una obra estupenda. Pájaros, flores, caras, frutas y leyendas transformaron a esta señorita en la mujer más y mejor tatuada del mundo. A los pocos días tenía un contrato firmado con el famoso circo de los hermanos Ringling.

Si es cierto que existe el amor a primera vista, el señor Henri lo sintió profundamente cuando hizo su debuto la señorita Artorio. El desdichado "hombre de goma" se deshacía estirándose para poder contemplar más a gusto a esa nueva compañera, de la cual lo separaban, como una grotesca barrera puesta allí por el destino: "¡el hombre más pequeño y la mujer más gorda del mundo"!

"La reina del tatuaje" permanecía indiferente ante las demostraciones del "hombre de goma", y éste decidió hacerle el amor de una manera que no diese lugar a dudas. Para ello escribía apasionadas esquelas que, con cierta timidez trataba, estirando el pescuezo y su brazo veinte centímetros cada uno, de dárselas a la señorita Artorio, que no quería ver el apasionado amor que había despertado en el otro "fenómeno".

Se hicieron tan notorias esas demostraciones, que la dirección del circo creyó prudente interrumpirlas. Así, "el hombre de goma' se vió tan separado de la "reina del tatuaje", que por más que estirase el cuello como un avestruz, no podía verla.

¡No poder ver a la señorita Artorio! El señor Henri cayó en una especie de melancolía. Perdió el amor al trabajo, vale decir, perdió las ganas de estirar el pescuezo. ¿Y para qué iba a estirarlo ahora? ¿Para contemplar a la mujer barbuda o al enano? ¡No faltaba más!

Y lo que había sido una de las grandes atracciones del circo Ringling resultó un pobre fracaso: ¡"El hombre de goma", desganado y triste, apenas si estiraba diez centímetros su pescuezo!

Y ahora llegamos a la parte más dura en la vida de este hombre blando.

Un día, ya desesperado, esperó a la señorita Artorio a la salida del circo, y sacando fuerzas de flaqueza, le declaró su amor.

"La reina del tatuaje" trató, dulcemente, de consolarlo. Le dijo que sólo podría quererlo como a un amigo, hasta como a un hermano... Henri lloró unos gruesos lagrimones. Si hubieran sido de goma habrían rebotado sobre las piedras de la vereda como pelotas de tennis. Pero eran lágrimas verdaderas, que dejaron un amargo sabor en los labios contraídos de ese elástico humano.

—Muy bien —le dijo Henri. —Usted será la culpable de lo que suceda.

Cuando el domador de fieras, confidente del "hombre de goma", le contó a "la mujer más gorda del mundo" la conversación de aquél con la "reina del tatuaje", "la mujer más gorda del mundo" dijo sentenciosamente:

—Henri es capaz de hacer una barbaridad.

Y la hizo!

Una mañana lo hallaron en el carromato que le servía de vivienda, sin vida. Al lado de su cuerpo rígido, al que la muerte sólo había logrado estirar cuatro miserables centímetros —¡él que en vida se estiraba veintidós!, —se encontró una carta en la que explicaba los motivos de su trágica resolución.

La señorita Artorio sufrió una impresión tan grande, que resolvió retirarse del circo. Naturalmente que no se irá para siempre. Ahora, en su carácter de álbum viviente, no le queda otro remedio que exhibir su cuerpo.

Pronto, posiblemente, volverá al circo, pero a condición de que entre los "fenómenos" no haya ningún "hombre de goma". Porque "La reina del tatuaje", según dicen, no ha nacido para amar. Por lo menos, su corazón no fué nunca sacudido por la emoción amorosa, a pesar de las pasiones que ha inspirado a muchos de sus colegas y hasta a algunos ricos excéntricos que se enamoraron, sin duda, no de ella misma, sino del fascinante encanto de su piel tatuada tan caprichosamente.

La señorita Artorio, que causó la muerte del infeliz "hombre de goma", sólo tiene una pasión absorbente: ganar muchos dólares exhibiendo su cuerpo.



Los circos norteamericanos son como ciudades ambulantes.

Una libra esterlina de premio

Al dibujo que ofrezca el mejor desenlace para esta historieta.

Advertencia: Los dibujos deberán ser hechos a pluma, sobre papel blanco, del mismo tamaño o en proporción al cuadrado número 4. Si se quiere, puede dibujarse en el cuadrado en blanco. Pueden enviarse tantas soluciones como cupones se acompañen. No siendo necesario un dibujo perfecto, sólo se juzga la habilidad para hallar un inesperado final.

Los dibujos deberán enviarse a esta Redacción, dirigidos al señor director de "MUNDO ARGENTINO", calle Río de Janeiro, 262, Buenos Aires, concurso

¿Cómo terminará esto?

Los dibujos para el **CONCURSO Nº 19** deberán ser enviados antes del 25 de enero de 1928 y el resultado se publicará en el número del 1º de febrero próximo. El autor del TRABAJO PREMIADO, una vez publicado el resultado, puede pasar a retirar **LA LIBRA** en la Administración de esta revista, y a los de provincias se les enviará a su domicilio.

¿CÓMO TERMINARA ESTO?



CONCURSO Nº 19

Nombre del remitente......................................

Domicilio......................................

El balneario municipal...

(CONTINUACIÓN DE LA PAGINA 15)

baño de verdad. Teniendo en cuenta que el pueblo en masa concurriría en procura de aire en las noches de verano, no se dotó a ese paseo de los medios de locomoción necesarios para facilitar el acceso de la gente.

Desde tiempo inmemorial una sola línea de tranvías puede llegar hasta el balneario, y hay que hacer una verdadera peregrinación hasta las escasas calles por donde pasan los coches para poder utilizarlos.

¿El servicio de tranvías para ese paseo es eficaz? No. A veces hay que permanecer una o dos horas parado en las esquinas para conseguir un coche que no pase repleto.

¿Puede, en estas condiciones, concurrir el pueblo al balneario que se hizo para el pueblo?

EL CÉLEBRE TEATRO GRIEGO

CUÁNTOS años hace que se está construyendo eso que se dió en llamar Teatro Griego?

Si mal no recordamos, se iniciaron las obras en 1921, y todavía se hallan en el mismo estado que al mes de comenzarse.

¿Es que el pueblo no tiene derecho a contar con un teatro al aire libre, cómodo y barato, que sirva para su distracción?

En el Concejo Deliberante se ha debatido muchas veces el asunto, pero nunca se resolvió nada práctico.

El Teatro Griego cuesta al erario público la friolera de cerca de un millón de pesos moneda nacional, y aún no presta utilidad.

¿No hubiera sido más lógico que ese dinero se invirtiera en la construcción de atracciones y quioscos para venta de bebidas sin alcohol por cuenta de la Municipalidad?

Por lo menos el pueblo estaría más agradecido.

¿ES POSIBLE BAÑARSE?

ESTE es otro de los problemas interesantes del Balneario Municipal.

¿Es posible bañarse allí?

El que ha tenido una vez la peregrina idea de intentarlo, puede hablar y dar detalles interesantes.

En primer lugar, allí no existe ni un pequeño trozo de playa. Los días que se retira el agua queda media cuadra de barrizal, en la que se hace imposible transitar.

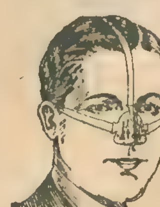
¿Tirarse al agua? Equivale a salir completamente cubierto de barro.











Cómo debe ser la esposa de un artista

Por **Pedro Luis Juárez**

SI usted se casa con un músico, o un cantante, o cualquier persona con inclinaciones artísticas, ¡cuídese de su temperamento!

Eso es lo que dice el mundo, y señala un número de tragedias domésticas cuyo origen no ha sido otro que la dificultad de armonizar con un temperamento de artista. Lo cierto es que el mundo le da más importancia al divorcio de una actriz conocida, de un pintor o de un cantante, que la que realmente tiene; y por lo regular apenas se fija en los cientos de divorcios que ocurren entre gente desconocida, tal vez por las mismas causas.

No es cierto que todos los artistas tengan un temperamento imposible de manejar. En estas interesantísimas revelaciones de Antoinette de Schipa vemos cómo la esposa del famoso tenor de ópera vive feliz y contenta con el célebre artista.

Antoinette es francesa de nacimiento, naturalizada en los Estados Unidos, y esposa de Tito Schipa, célebre tenor escogido por la Galli-Curci para cantar con ella en la "Chicago Civic Opera Company". Cómo vivir feliz con un marido "temperamental" es lo que nos dice Antoinette de Schipa en estas revelaciones íntimas de su vida matrimonial; revelaciones que resplandecen como piedras raras en el obscuro panorama de la plaga de divorcios que azota actualmente a los Estados Unidos.

El tenor Schipa, que es muy dichoso junto a su buena y comprensiva mujercita

Dice así:

"Según la opinión popular, los artistas, como maridos, pertenecen a la familia de las mariposas, y más aún, se supone que alzan el vuelo cuando y donde se les antoja. En una palabra: que no se puede confiar en ellos. Antes de conocer yo este veredicto general, estaba casada con un gran tenor de ópera. Y, según parece, casarse con un cantante, de la clase que sea, está considerado como el colmo de las calamidades.

"Si entre la multitud de compañeras mías que han seguido mis pasos casándose con un barítono o un bajo, hay algunas que no encuentren las cosas tan fáciles como lo desearían, es posible que mis experiencias resulten provechosas.

"Pues bien: si no fuera yo tan dichosa, empezaría a decir que mis desventuras comenzaron con la influenza, pues a causa de esta enfermedad el médico me ordenó que abandonara mi casa en París y marchase a la Riviera. Aseguró que me moriría si no me iba para Niza. Así, pues, me fuí para Monte Carlo.

"Acompañábame una amiga mía; las dos éramos locas por la música. Una tarde, en la Ópera, representaron "Lucía", y fuimos. Un joven, llamado Tito Schipa, cantó el Edgardo. Su voz era enloquecedora. Mi amiga lloró durante la función. "Es tan dulce", repetía a cada momento.

"Puede ser que la influenza me dejase de mal humor; pero lo cierto era que me irritaba pensar que una persona llorase porque la voz de un cantante fuera dulce. El efecto que producía en mí era el de un sedante. Especialmente en el último acto, oí algo en su voz que me transportó a un cielo de dichas nuevas; una ternura varonil tan honda, que me sentí protegida y fuerte en mi soledad.

"Esa noche mi amiga y yo nos recluimos en una esquina del salón de baile para ver las parejas. De pronto, vimos a una dama muy respetable, que apenas conocíamos, venir hacia nosotros. Con ella venía un joven.

"—Es Edgardo —exclamó mi amiga.

"—No grites —la advertí.

"Entretanto, él me pedía que bailase. Creo que no es necesario decir que, después de haber bailado la primera danza, bailamos juntos todos los demás números.

"Después de algún tiempo, en vez de morirme, a pesar de no haber ido a Niza, me sentí tan bien, que no había razón ninguna para estar fuera de casa. Schipa me siguió a París, habló con mis padres, y quedamos comprometidos. Inmediatamente vino la tragedia de la separación. Él había firmado un contrato para ir a cantar a Sud América, y estaría allá algunos meses. Las bodas tendrían lugar cuando regresara. Al fin regresó, y una mañana de sol y de fragancias, por el mismo camino por donde habíamos ido, regresamos convertidos en marido y mujer.



Antoinette de Schipa, esposa del famoso tenor Tito Schipa, dice en este artículo cómo debe ser la mujer de un artista para ser feliz

"¿Y qué creerán ustedes? Mientras estuvo en la América del Sur ocurrió algo que, quizá, muchas veces le sucede a los tenores. Nada de esto me dijo hasta después de casados. Y, sin embargo, la cosa era para enorgullecer a cualquier hombre, aunque no fuera artista. Una joven brasileña, de temperamento artístico, le conoció un día. Habiéndose enamorado locamente de él, le bombardeó con unas cartas capaces de incendiar un bloque de hielo. La jovencita en cuestión poseía un capitalito de ocho millones. Pero, ¿adivinan ustedes lo que él pensó? Simplemente esto: "Para mí solamente existe una mujercita en el mundo; tiene el cabello rubio como el sol, y vive en París. Vale para mí más que todos los millones juntos."

"Yo nunca voy al escenario cuando mi esposo está trabajando. Algunas mujeres lo hacen con el propósito de ayudar. Eso es un error. Un hombre está más tranquilo en esos momentos sin la esposa. Un banquero no llevaría nunca su mujer a la oficina en momentos en que los negocios requieren una calma absoluta. No importa cuán hermosa sea la "prima donna" a quien el tenor tenga que hacer el amor; yo sé que no es verdad. Confío en mi marido; nunca pienso mal de él. Estoy segura de que él me quiere, y eso basta.

"A mi parecer, el primer deber de una esposa es comprenderse a sí misma y luego comprender a su marido. Una vez aprendida esta lección, quedan vencidas todas las dificultades. Lo demás es fácil. Las personas no cambian porque se casen. Después del matrimonio siguen siendo iguales que antes, en lo que se refiere al carácter. El mal está en que los noviazgos casi siempre son demasiado cortos para conocer los defectos y las virtudes de uno y otra. Nosotros fuimos novios año y medio. Pero si las mujeres creemos conocer perfectamente bien al esposo, entonces me parece oportuno que examinemos nuestro propio carácter para descubrir si la falta está en nosotras.

"La opinión general es que con los artistas se hace muy difícil vivir. Así es, exactamente, cuando la mujer no los comprende. Pero eso mismo puede decirse de

cualquier hombre. Mi marido siempre está pensando en la música; él es también compositor. Muy bien; yo procuro molestarle lo menos posible: comprendo que debe tener la mente despejada para su arte.

"Los artistas favoritos ganan mucho dinero; pero tienen que gastar también muchísimo. Fuera de los gastos diarios, mi esposo compró tres casas. El primer dinero que ganó fué para comprarle una casa en Roma a su mamá. Más tarde, compró otra en Italia y una en Dayton, Florida, para nosotros. Con su familia él siempre ha sido muy generoso.

"Como todas la jóvenes francesas y norteamericanas, también a mí me gustan las cosas bonitas. Pero yo siempre pregunto: "¿Puedes comprarme esto ahora, querido, o espero hasta el otro mes?"

"Y si él responde: "Es mejor que esperes", yo espero. Nunca le he sorprendido con un recibo; jamás hemos disputado por cuestión de compras. Y en la vida matrimonial una conducta opuesta me parece que es motivo de numerosos disgustos.

"Mi esposo, en algunos sentidos, es como un niño. Y el corazón de una mujer tiene que sentir gozo al cuidarlo y protejerlo como una madre. Como él es el hombre mejor del mundo, hace todo cuanto puede por complacerme y ayudar a su familia, al mismo tiempo, para que tengan tanto como nosotros.

"Con un marido así, ¿qué mujer no se siente obligada a compartir igual responsabilidad? Ninguna muchacha, después de casada, debe pensar en ella sola como cuando soltera. Antes de considerarse a sí misma, debe tener en cuenta a su esposo, a sus hijos, al hogar. El marido realiza muchísimos sacrificios en su cariño protector. Y el deber de la mujer es compartirlos con él.

"Para los conciertos de la próxima temporada está aprendiendo muchas canciones norteamericanas. Es lo que él dice: "Si un tenor canta solamente en inglés ante un público italiano ¿qué pensarían de él?"

"Realmente, no importaría tanto lo que pensaran como lo que harían. Es casi seguro que llovería sobre él un aguacero de limones maduritos. El público norteamericano es muy bondadoso y condescendiente en ese particular; por tanto, hay una razón más para que un artista demuestre el cariño que siente hacia ese público, cantando en su idioma.

"Cuando Tito está aunsente, yo paso el tiempo entretenida con mi hijita, los quehaceres del hogar y mi libro de recortes. Conservo este libro para cuando mi nena sea grande, y guardo en él todo lo que se publica acerca de mi marido: programas, noticias, aun las más insignificantes. De todas estoy yo muy orgullosa; ningún crítico ha dicho cosas desfavorables de Tito: en todas partes es lo mismo.

"Él ha cantado en Cuba, en Méjico y en la América del Sur. Sus grandes éxitos comenzaron con su debut en España, cuando tenía solamente veinticinco años. Allí gusta con delirio la verdadera voz de tenor lírico, como la suya, mejor que las voces robustas. Y Tito nunca fuerza su voz, ni canta demasiado alto; siempre tiene en cuenta la dulzura, la belleza y las suaves modulaciones de la voz. Su público es aquel que le gusta oír cantar, no gritar; y en el campo de los conciertos tiene uno que saber cómo canta.

"Aquí tenéis, pues, las experiencias de la esposa de un tenor, dichas con toda franqueza y salidas del corazón. Tal vez no se ajusten a la opinión, pero se ajustan a la verdad.

"Un día estaba Tito haciendo caricias a la nena, y yo le dije en broma: "Si alguna vez nos divorciamos, Elenita viene con su mamá."

"¿Adivináis lo que me contestó?

— Y yo me iré con la hija y con la mamá."

Fábulas nativas

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 14)

una mosca estúpida, como ansiosa de caer aprisionada en la maraña donde tantas han perdido la libertad y la vida.

— Oye, tú, tonta — díjole la araña, mientras pasaba rozando el sutil encaje de su obra, — es inútil que vengas a provocarme y a romper mi tejido con tus torpes aleteos; no alterarás la serena unción de mi alma, elevada por el arte y por mi trabajo, sublimizado y hecho más perfecto, al contacto, al unísono íntimo con la suprema armonía que me rodea. Ven, aunque podría darte la muerte, no te haré daño alguno, ni siquiera por defenderme de tus tenaces agresiones, y goza conmigo del intenso placer que embarga mis sentidos.

Detuvo sus vuelos incoherentes la mosca importuna, y por primera vez comprendió, bajo el encanto de la contemplación, y ante los primores del dibujo de la telaraña, el poder creador del trabajo en la paz del hogar, honesto y culto, que suprime los odios y engendra las más inesperadas reconciliaciones.

Una señorita norteamericana

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 14)

Mi vecina acababa de desaparecer tras las cortinas de la suya; al sentir mis pasos, sacó la cabecita y me largó un *good evening, sir!*, que esta vez no me pareció del todo exento de picardía. ¿Qué mujer no tiene un grano de malicia, a veces inconsciente, esparcido en la sangre?

Yo creí que se recostaría simplemente, vestida como estaba. Me había engañado, porque, a poco rato, la cortina se entreabrió de nuevo, y una mano apareció sosteniendo dos botines largos y delgados, que dejó caer sobre el piso. Luego, una o dos vueltas, la inmovilidad y el respirar sereno e igual. Buenas noches.

Más tarde contaba en Nueva York la aventura a un amigo mío, americano, y el buen yanqui movía tristemente la cabeza.

— No tengo la menor duda — me decía — que su compañera era una mujer honesta. Pero, para ella, era usted un hombre cualquiera, un desconocido. Figúrese que un muchacho audaz que hubiese sabido encontrar el camino de su corazón, se hubiera arreglado de manera para reservarse... su sitio de usted. ¿Cree usted que las cosas habrían pasado de la misma manera? Es necesario tener siempre en cuenta la materia de que somos formados y la poca influencia que tienen sobre ella, en momentos especiales, los hábitos y convenciones nacionales. Nuestras costumbres de independencia femenil eran perfectamente aceptables hace cincuenta años; pero, créame, la vida europea que conquista terreno diariamente entre nosotros, los espectáculos teatrales que enseñan más de lo que se cree, las novelas francesas, leídas hoy con avidez, las gacetas de los tribunales, las revistas de policía con sus ilustraciones iconográficas, han abierto nuevos rumbos en el espíritu de las mujeres americanas. No creo que hoy sea un timbre de honor para las costumbres de nuestro país esa independencia en el nivel moral. Es muy cómodo convenir en que nunca se abusa; pero la realidad empieza a desalentar a los más obstinados sostenedores de tal régimen.

La Página de la Mujer

Por Dama Gris

LA MUJER Y LA HIGIENE. — La higiene alcanza extremos muy vastos, muy esenciales e íntimos, que descuidan con frecuencia aun las gentes que pasan por delicadas y meticulosas. Una mujer elegante, higiénica, en el verdadero sentido de ambas palabras, no debe ser ni excesivamente gorda ni excesivamente flaca, pues la flaqueza o la gordura son aspectos circunstanciales que dependen de la higiene, a menos de ser provocadas por una enfermedad cualquiera.

Es, por tanto, indispensable empezar por la cultura física, que atempera nuestro ser a las normas racionales de la existencia. El sistema hidroterápico es, naturalmente, de ricor y la alimentación sobria y cuidadosa influye a la larga en la complexión, en el desarrollo y en la belleza de las mujeres. Los excesos en las comidas, la abundancia de grasas, de féculas, de líquidos, nutren la parte adiposa que tantos lamentos engendra.

> **En amor, no es difícil hacer creer en la sinceridad. Toda mujer se precia de ser amable y la más fea se admira complacida. No vaciléis, pues; cantad en todos los tonos las gracias de vuestra amada, alabad su esbelto cuerpo, sus hermosos cabellos, sus dedos afilados, sus pies menudos. La mujer más casta ansía oír el elogio de su belleza.**
>
> OVIDIO.

Un defecto capital muy extendido es la rutina de los balcones cerrados, de las ventanas herméticas, del aire, por consiguiente, rarificado e insalubre que se respira. Sobrevienen luego los pálidos colores del semblante que sólo a fuerza de colorete logra disimular la mujer consciente de su defecto.

El mismo baño, del que se priva raramente toda persona reflexiva, se toma, podemos decir, a ciegas, creyéndose, sin duda, que siendo un baño, es siempre saludable y origen de belleza, sean cuales sean sus elementos y condiciones. Sin embargo, se necesita estudiar primero el temperamento, la naturaleza del individuo, antes de determinar las características que deben acompañar a aquél.

Los baños y duchas frías poseen una fuerza tónica considerable; son favorables para el buen funcionamiento de la piel, de los pulmones y del organismo en general; pero ante todo y sobre todo, son un enérgico estimulante del sistema nervioso.

Con los baños templados se consiguen, por lo contrario, efectos rápidos y sedantes, de suerte, que si se recomiendan aquellos a las personas linfáticas, se aconsejan los últimos a los caracteres irascibles y a los exaltados.

Estas observaciones atestiguan que la higiene de la elegancia es más compleja de lo que suele suponerse.

DEL CARNET DE LA DUEÑA DE CASA. — Las manchas de los guantes de piel se deben frotar con miga de pan y luego con alumbre. Para dar suavidad y lustre a la piel se la frota después con polvos de jabón.

— Para destruir las ratas y ratones existe un procedimiento muy curioso,

> **Es conveniente la soledad para disfrutar del corazón y para amar, pero para triunfar se necesita el trato social.**
>
> STENDHAL.

que es como sigue: Se pone en un plato yeso muy fino y se cubre con una ligera capa de harina. Al lado de este plato se pone otro con agua. Los animalejos, atraídos por la harina, absorben al mismo tiempo algo de yeso, y si beben en seguida, lo que es muy probable, el yeso que han tragado se hincha, y no tarda en producirles la muerte.

— Un collar sencillo disimula bien un cuello demasiado largo. Los vestidos de dos colores, los a rayas horizontales o a cuadros hacen parecer más bajas y más gruesas a las que pecan por altas y delgadas.

— Las manchas del rostro debidas a la acción prolongada del sol y del aire, especialmente a orillas del mar, se quitan lavándose dos o tres veces al día con infusión de tilo.

— En lugar de poner a escurrir con el mango hacia arriba un paraguas mojado, es mejor ponerlo en sentido inverso. De esta manera se evita que la humedad acumulada en un solo punto pudra la tela.

— No es tan sencillo como parece el quitar de las ropas las manchas de polvo, pues si están en telas de hilos o algodón, tricota de lana o franelas deben lavarse con agua de jabón tibia; si las telas son de lana de color obscuro o mezcla de algodón, lana o seda, lávense con bencina filtrada, y si son de seda, con alcohol o éter.



1. Traje de baile en crêpe de Chine rosa, adornado con flores pintadas a mano en varios tonos de rosa y plateado. — 2. Vestido de soirée, en satín blanco, adornado con flores multicolores pintadas a mano. — 3. Modelo de traje para tarde, en muselina de seda gris. Los volados que forman la pollera están bordados con flores pintadas a mano en colores vivos.

PRECAUCIONES EN LA COCINA. — Para elegir la carne en las carnicerías conviene tener presentes los siguientes consejos:

La carne de vaca joven tiene el grano fino, suave y abierto, y es de color encarnado claro. La carne que reúna estas condiciones puede asegurarse que es tierna. Lo gordo debe tirar a blanco más que a amarillo.

Las carnes de color obscuro rara vez salen buenas.

El grano de la carne de vaca está más junto y apretado que la de buey, y el gordo es más blanco en la primera que en la segunda. La parte magra de la vaca no tiene el color encarnado tan intenso como la de buey.

Al comprar carne de cordero hay que mirar bien las venas del pescuezo: si la carne es fresca, se verán azuladas, y si es rancia, se presentarán verdosas o amarillentas.

La carne de ternera, para que sea buena, debe proceder de reses que tengan los riñones cubiertos de una espesa capa de sebo blanco. La ternera matada recientemente tiene las venas de los brazuelos azuladas o de color encarnado claro, y el resto del cuerpo seco y blanco.

PLATOS Y GOLOSINAS. — **Roast-beef.** — El "roast-beef" es una de las cosas más corrientes y que, a pesar de ello, pocas veces se hace bien en infinidad de casos particulares.

Para él ha de emplearse la parte del buey llamada costillar.

Recién traído de la carnicería, se golpeará, casi hasta deshacerlo, salándolo entonces y cubriéndolo bien con manteca de vaca, y así preparado, se mete en el horno. Cuando está bien dorado, se retira y se tiene de cinco a diez minutos en un sitio fresco, volviéndolo en seguida al fuego, hasta que esté en su punto, que será cuando, al darle un corte, se vea la carne con un color ligeramente rosado, y entonces se sirve con puré o con patatas a la inglesa y con el jugo que él haya soltado.

Manzanas fritas. — Se mondan las manzanas y se cortan en rajas, y se ponen, ya partidas, en remojo, con vino blanco y azúcar, teniéndolas así una hora.

> **Cuando se tiene confianza con una mujer, es jugar con fuego bromear con la galantería, y, sin embargo, las mujeres no tienen enemigos más peligrosos que los enamorados respetuosos: el respeto es un veneno lento, pero seguro.**
>
> HALIFAX.

Mientras, se hace una pasta con huevo, para lo que se batirá la clara a punto de nieve, y se añadirán luego dos cucharadas de harina y un cuarterón de leche.

Se bañan las ruedas de manzana con esa pasta y se fríen en manteca de vaca, espolvoreándolas al sacarlas de la sartén con azúcar glacé y sirviéndolas calientes.

CORREO FEMENINO

Chochó (Santa Fe). — No es correcto preparar la mesa en presencia de la visita. A lo segundo, no; la novia no debe estar presente.

Una Curiosa (Concordia). — La ropa se marca con las iniciales de la novia, más la inicial del apellido del futuro esposo.

Bayadera (General Arenales). — Le resultará eficaz para blanquear el cutis, conservándoselo fresco, la solución siguiente: agua de rosas, ciento cincuenta gramos; creta preparada, veinticinco gramos; glicerina pura, doce gramos; borato de sosa, seis gramos; tintura de benjuí, doce gramos. El agua de espárragos, cebollas o lechugas, es también muy saludable para limpiar los poros de la piel y blanquear el cutis; y le servirá para emplearla de día, como desea.

Simpática Rubia (Dorila). — 1º Con una mezcla de negro de humo y agua de rosas se obtiene una preparación que es de las más inofensivas para acentuar la línea de las pestañas. 2º Lea lo que contesto a "Chica Afligida" y a "Jovita", de Junín.

Frente Chica (Mar del Plata). — Lo único práctico e inofensivo que puede hacer es decolorar el cabello, en el borde sobre la frente, lo cual dará a esta un efecto de mayor amplitud. Le resultará también conveniente peinarse siempre para atrás.

Cariñitos (Rosario). — Basta substraerse a la intemperie durante unos tres días para que las tostaduras desaparezcan. Es también eficaz lavarse por la noche al acostarse con una loción de agua de rosas, cien gramos; glicerina pura, cincuenta gramos.

Rubia Tucumana. — Tiña su vestido de espumilla lila en color azul "bleu"; le quedará precioso y le sentará muy bien.

C. P. D. P. (Rosario). — Explique la clase de enchapado que tiene el mueble, pues de ello depende la forma de limpiarlo.

Subscriptora de Coronel Vidal. — 1º Alargue el talle de la blusa con un género floreado que unirá a la falda; a ésta le hace en el borde de abajo un ondulado, y le aplica una guarda del mismo género floreado que empleó en el talle, del cual puede hacer también unas guarniciones para las mangas. Le quedará un vestido lindo y de moda, después de aprovechar el vestido que tiene. 2º Emplee cualquiera de las dos fórmulas que le doy a continuación, en lociones, por la noche. Clorato de potasa, dos gramos; agua de rosas, doscientos cincuenta gramos; o bien: agua destilada, doscientos cincuenta gramos; amoníaco líquido, dos gramos; esencia de limón, diez gotas. 3º He aquí una fórmula para hacer el licor de naranja: alcohol, un litro; azúcar, un litro y cuarto; agua, azafrán y media vainilla. Se pone en infusión, todo junto en el alcohol, ocho días; el azúcar diluído en el agua. Después se filtra.

Amparito (Córdoba). — Si son manchas aisladas, puede limpiar el traje con bencina, en seco. Cualquier limpieza que haga de la prenda humedeciéndola, corre peligro de encogerse; por eso le recomiendo que se valga de alguna tintorería donde conocen la especialidad de esa operación. A lo segundo. Un procedimiento antiguo, pero de los más eficaces conocidos, es el siguiente: se hace hervir al bañomaría, durante una hora, doscientos cincuenta gramos de hojas de rosas encarnadas en sesenta gramos de agua destilada. Se retiran luego las hojas y se aplican tibias sobre el seno, al acostarse.

Esteche (San Fernando). — No conozco la institución que menciona. Diríjase en todo caso a la Municipalidad, donde le informarán. Para evitar la caída de las pestañas, si se produce por las causas que indica, le dará buen resultado aplicarse por la noche compresas calientes y después pasar sobre ellas un pincelito con la composición siguiente: vaselina, cinco gramos; ácido bórico 0,20 gramos.

Flor del Aire (Córdoba). — Es difícil conseguir por un tratamiento local el desarrollo perfecto de los brazos; preferible es un tratamiento general para engrosar. La gimnasia y las pesas desarrollan los músculos, pero no le devuelven a los brazos su gracia.

Nucha (Aguada). — Se usan varias formas de melena, pero la más corriente y más en boga es la media "garçon". No comprendo lo que desea usted saber respecto a color de falda y sombrero. Sírvase formular la pregunta con mayor claridad. No puedo dar direcciones de casas de comercio.

Jovita (Junín) — Es una operación delicada que debe hacerse con los dedos, aplicando sobre las pestañas agua caliente ligeramente adicionada con goma arábiga. Para los barritos, lavarse la cara con una solución adicionada de cuatro por ciento de bórax, lavándose después con agua de rosas para suavizar el cutis.

Narcisse Blanc (Capital). — 1º Tres meses de luto y tres de alivio. 2º Puede usar el lila. 3º Puede usar ya la manga corta. 4º Todo induce a creer que la melena seguirá usándose indefinidamente.

Ruth (Tres Arroyos). — 1º Le dará buen resultado frotar la piel con un cepillo suave, mojado en agua caliente, y después de secarse, friccionar esa parte con glicerina pura. 2º La mejor combinación con ese color verde será otro verde más obscuro o el negro.

M. V. S. (Mar del Plata). — Frote el terciopelo en el lugar de la mancha con amoníaco líquido, y después lo lava con esencia de trementina. 2º Use para la cara esta pomada: resorcina, un gramo; óxido de cinc, un gramo; almidón, un gramo; vaselina, dos gramos. Se aplica sobre las manchas al acostarse y al día siguiente se quita con un algodoncito embebido en aceite de olivas.

Negra (Capital). — Los poros de la cara se lubrican lavándose diariamente con agua de saúco, a la que se añaden diez gotas de tintura de benjuí. Conviene lavarse dos veces por semana con alcohol alcanforado.



Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. S. A.